



La construcción del sujeto calle: un análisis de los procesos de subjetivación en participantes de un programa calle

Autores:

Roberto A. Gallardo Bachler y

Roberto Andres Zura Andrade

*“Pero, bien mirada la cosa,
se ve que lo que nosotros somos hoy lo somos, al
mismo tiempo, como un producto de la historia”*

Hegel

*“En cierto sentido, sólo somos aquello que ha
sido dicho hace siglos, meses o semanas”*

Michel Foucault

*“Al fin y al cabo, somos lo
que hacemos para cambiar lo que somos”*

Eduardo Galeano

Contenido	INTRODUCCIÓN	¡Error! Marcador no definido.
CAPITULO 1		6
Antecedentes del problema		6
CAPITULO 2		16
Pregunta de Investigación:		16
Objetivo General		16
Objetivos específicos.....		16
CAPITULO 3		17
Referencias Teóricas		17
La construcción de sujetos y los procesos de subjetivación.....		17
La lógica del programa social		25
CAPITULO 4		28
Metodología		28
Epistemología.....		28
Enfoque metodológico		30
Técnicas para producir la información.....		31
Muestra.....		32
Estrategia de análisis		33
CAPITULO 5		35
Análisis y resultados.....		35
I. Procesos sociales de la situación calle		36
II. Los significados de la experiencia del programa calle		45
III. Hacer, sentir y pensar: evaluándose a sí mismo		52
CAPITULO 6		63
Conclusión y discusión.....		63
Bibliografía.....		65

INTRODUCCIÓN

La investigación que aquí se presenta corresponde al resultado del proceso de tesis para optar al título de psicólogos. Al momento de escribir estas páginas introductorias, el pueblo chileno sale a las calles en masiva protesta, la mayor en los últimos 30 años, contra las políticas neoliberales del gobierno de Sebastián Piñera, políticas que, en rigor, no son sino la continuación de las políticas elaboradas por los diferentes gobiernos pos dictatoriales.

Si bien existe un acuerdo entre todos quienes se refieren y analizan este fenómeno de la protesta social para describirla más bien como un “estallido social”, debido a la inorganicidad de una protesta sin líderes y sin propuestas, las consignas del “Chile despertó” y “el pueblo unido, jamás será vencido”, entre muchas otras que se escuchan en voz de millones de chilenos que salieron a manifestarse, informan del profundo rechazo a un modelo político que los condena a vivir *ad eternum* en la miseria y precarización y a un gobierno que los invita a aceptar ese destino como una fatalidad que no puede ser torcido por la voluntad humana, pero nos informa también -y he ahí nuestras esperanzas- de la construcción, aunque sea incipiente, de un sujeto colectivo capaz de decir “basta de 30 años de abuso”.

El pueblo de Chile despertó, en efecto, de aquel largo sueño en que la vida y su curso se le presentaban como un guion definitivo, escrito de una vez y para siempre por una voluntad que le es ajena. Pero, ahora esta voluntad no es la de dios sino la de una voluntad supeditada a una racionalidad instrumental que, vista desde una perspectiva crítica, tiende poco a poco, en la medida de su progreso, a olvidar el sentido y los valores que la originaron para transformarse en una fuerza irresistible que, como la jaula de hierro de Max Weber (2011) impide la plena realización humana. De hecho, sin ir más lejos, el alza del pasaje del transporte público que dio inicio al estallido social, fue justificado por el gobierno en un principio, para disimular quizás su carácter político, como una decisión técnica, elaborada por un comité de ‘expertos’ y cuyo carácter se había asumido irrevocable¹ debido a que se

¹ <https://www.eldesconcierto.cl/2019/10/18/gobierno-descarta-reducir-tarifa-del-metro-y-avalua-danos-en-500millones/>

realiza sobre la base de criterios científicos². Decisión que poco después, y en la medida que se el pueblo chileno asistía al proceso de constituirse en un sujeto colectivo aumentando la protesta social en las calles, debió ser suspendida por el mismo gobierno que días antes se negaba rotundamente³.

Pero esta construcción de sujetos que vemos en el contexto actual, permitida por este movimiento que opera, de un lado, por un poder político que tiende inexorablemente hacia la dominación de todos los intersticios de la vida humana y social, y por otro, por el intento de los sujetos por resistirle y liberarse de él no es exclusivo de los sujetos colectivos, sirve también para los sujetos individuales.

Es ese el objetivo de esta investigación que aquí presentamos. Ella se interesa, precisamente, por interrogar el proceso de construcción de un tipo particular de sujetos, ese que la literatura ha denominado “en situación de calle”, y que han sido parte del programa de Apoyo de Adultos en Situación Calle ejecutado por ONG CIDETS. Aquí se muestra el resultado de esta investigación.

Los capítulos del texto están distribuidos de la siguiente manera, el primero da cuenta de una panorámica general de los diferentes momentos en la historia de Chile en que aparece la situación calle como objeto de políticas y programas sociales. Todos estos momentos dan forma a los antecedentes del problema. Deriva de lo anterior, la pregunta y los objetivos de la investigación. Se presenta luego el marco teórico que informa la investigación. Continúa con el apartado en el cual se dan a conocer las decisiones metodológicas, destacamos en éste el capítulo epistemológico que se propone como un telón de fondo respecto del conocimiento científico. Finalmente, se presentan los hallazgos de la investigación y sus conclusiones.

² <https://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2019/10/17/presidente-del-panel-de-expertos-por-evasiones-masivaslos-estudiantes-estan-alegando-y-resulta-que-su-tarifa-no-vario-ni-un-peso/>

³ <https://www.eldesconcierto.cl/2019/10/19/gobierno-anuncia-que-suspendera-el-alza-de-pasajes-del-metro/>

CAPITULO 1

Antecedentes del problema

Las sociedades modernas en su objetivo de gobernar una población han construido, como paso previo, ciertas representaciones para volverla inteligible, sea ya por la contabilidad de sus miembros por medio de la estadística (literalmente la ciencia del Estado), por la ubicación espacial de los mismos en un territorio determinado o por cierta narrativa que informa las maneras de considerarlos. Pero tal como la historia se ha encargado de mostrar, estas representaciones no son constantes ni duraderas, pues varían conforme al tiempo y a las necesidades que instalan los contextos históricos y sociales. Es el caso de lo que hoy conocemos como personas en “*situación de calle*”: lo que en otro momentos significó hombres y mujeres que hicieron de la caminata y el trayecto por nuestros campos y ciudades su modo de habitar (Marquez & Toledo, 2010). En el devenir de la historia, sin embargo, encontramos una serie de denominaciones para referirlos: los vagos, los ociosos, los pordioseros, los limosneros, los torrantes, incluso se ha llegado a configurar ciertos mitos y terrores infantiles como el “viejo del saco”. Pues bien, todos estos nombres han sido característicos de un tipo de sujeto, hombres y mujeres, que se ha construido en los límites de la sociedad y constituyen historias de vida y alteridades que han ido configurando un problema con el que las sociedades han debido lidiar. Estos problemas han tenido, por cierto, diferentes tratamientos: unas veces se los ha ligado al orden público, considerándolos sujetos marginales, y por eso peligrosos y temidos, y, por tanto, susceptibles de castigo y encierro; otras veces se los ha ligado a la caridad, ubicándolos como sujetos susceptibles de asistencia, como sostiene Geremek (en Quintero, 2010).

En su devenir, ya en el siglo XVI en el seno de la incipiente sociedad moderna aparecen modos o conductas sospechosas, principalmente las asociadas a la movilidad espacial, en que el ir de un lugar a otro sin tener un sitio específico donde asentarse o bien, por no consagrar el tiempo en una labor específica, no solo se contraponen con las labores y comportamientos aceptados para la época, a ese “deber ser de un hombre o mujer” (Marquez & Toledo, 2010), sino que transforma además a esta población en un agente peligroso para

esa sociedad que se estaba construyendo. En términos históricos se trata de una época en que están sucediendo una serie de cambios que abarcan todas las esferas sociales, y cuya impronta estaba marcada por el aumento progresivo de la técnica y al dominio y control de la naturaleza por parte de la persona humana, en ese contexto, no es de extrañar que las poblaciones acostumbradas al ir y venir y que no cuentan con un oficio o una actividad constante fueran vistas como obstáculos para ese nuevo orden (Espinoza, 1999). Dicho de otro modo, el problema de la época lo constituía menos la situación de desarraigo que la naturaleza de su actividad, lo cual explicaría la lógica del tratamiento que se instituyó, esto es, la de control policial, como sostiene la historiadora Alejandra Araya (1999):

“Los vagabundos no eran delincuentes por su errancia, sino por su relación con el trabajo, sus formas de sostenimiento y por conductas asociadas que resultaban ser objeto de sanciones penales, como los juegos prohibidos, el amancebamiento y el hurto. Las causas criminales corroboraban que el problema de fondo es lo que hoy calificamos como vagancia, porque la preocupación de las autoridades e intelectuales (entendidos como procuradores y fiscales) era el ocio y el trabajo” (p.9)

En efecto, tales atentaban contra la sociedad naciente y con la emergencia del nuevo individuo que debía desempeñar una función en el amplio proceso de división del trabajo que inauguraba la sociedad moderna, por lo que un sujeto móvil resultaba improcedente, igualmente que un sujeto ocioso. Solo era pensable, en esta época, dice Castel, un sujeto regulado por el orden social a partir de una función socialmente desempeñada, vale decir, un sujeto que fuera capaz de vender su fuerza de trabajo pasando a convertirse en un sujeto proletarizado. (Castel, 2006).

El siglo XIX no fue tan distinto, más bien acrecentó un proceso que vendría a explotar con la llamada cuestión social de comienzo del siglo XX, es decir, grandes masas de sujetos transhumantes que, saliendo del campo, obligados por razones económicas derivadas de la repartición de la tierra, continuaron con sus formas de vida caracterizadas por la movilidad, buscando formas de trabajo esporádicas pero despojados de su identidad de campesinos, como sostiene Alejandra Araya en (Marquez & Toledo, 2010):

Es en esta expulsión obligada donde reside el origen de la trashumancia y un peonaje libre que transita entre la agricultura, la minería, las obras de ferrocarriles, los puertos y los trabajos temporales de descarga de barcos. Sin tierras, sin familia, la figura del vagabundo -solitario y masculino-, no espera mucho del trabajo y hace del desarraigo y la movilidad, su condición de libertad (p.16)

En Chile, durante el siglo XIX, estos sujetos solitarios y desarraigados comienzan a desplazarse a los grandes centros urbanos, como Valparaíso y Santiago, provocando una serie de problemas no previstos para las autoridades locales, como son el ‘desborde’ de los barrios populares que llegaron a habitar (Cárdenas, 1991). Esta explosión demográfica fue un tema de verdadera importancia para la incipiente República de Chile, sin embargo la preocupación no fue resuelta por sus instituciones públicas, más bien el tratamiento llegó de la mano de la Iglesia y de la caridad de privados, importante en esta labor fue la Sociedad de Amigos del País, cuya fundación fue decretada por el Cabildo de Santiago en el año 1813, entre cuyos miembros se encuentran ilustres personalidades de la época, como Manuel de Salas y José Miguel Infante, o el Instituto de Caridad Evangélica que funcionaría años más tarde. En tanto la preocupación gubernamental estaría radicada en confeccionar estudios preliminares y establecer decretos para desarrollar políticas adecuadas para abordar el fenómeno. Como lo consigna el historiador Mario Cardenas (1991):

“La preocupación por la gente desposeída, llevó al gobierno provisional que reemplazó a O’Higgins, a crear una comisión de caridad, integrada por Juan de Dios Vial del Río, Manuel de Salas, Juan Agustín Alcalde, Pedro Jaraquemada y Francisco Ruiz Tagle. El decreto ordenaba a la Comisión elaborar un informe que permitiera restablecer las Casas de Hospicio, de Expósitos y reclusión de mujeres, abandonadas hasta entonces por las urgencias de la guerra de independencia. (p.2)

Esta preocupación, en todo caso, no estaba circunscrita a toda la población, más bien apuntaba a los individuos cuyo estado físico le impedía desempeñarse en algún oficio, y se extendía a los niños huérfanos o las mujeres abandonadas. Momento, por lo demás, en que el país acababa una cruenta guerra de independencia que había mermado la población con capacidad de trabajo, y había dejado innumerables pérdidas humanas, sociales, materiales,

problemáticas que excedían las capacidades de la naciente República. Para los otros pobres, que hacían de la vagancia una forma de vida todavía existían las persecuciones y castigos de las otras épocas, solo que ahora la transgresión por acción o omisión, atentaba contra la llamada modernización de la República, que al no contar con soluciones concretas para el problema de la desocupación laboral, les resultaba más fácil la represión que asumir la poca sustentabilidad del modelo de desarrollo (Morales, 2006).

Para inicios del siglo XX, la problemática social del vagabundo no mostraría demasiados cambios, las desigualdades crecientes dan cuenta que el vagabundaje, la mendicidad y la gente sin trabajo no son estilos de vidas que vienen alterar el orden social de la “normalidad” sino más bien constituyen el efecto de las nulas políticas públicas y sociales en torno a la falta de vivienda y de trabajo:

Las crónicas de la época dan cuenta de un panorama desolador sobre las condiciones de vida de los pobres en las ciudades, quienes vivían en conventillos y ranchos. Los primeros, una forma de vivienda colectiva donde cada familia habita una pieza que servía como dormitorio y comedor. En el patio común transcurría la mayor parte de la vida en estrecha convivencia; allí también se encontraban los baños, los lavaderos y una acequia por donde escurrían las aguas servidas hacia la calle. Los ranchos albergaban a los emigrantes más recientes del campo, quienes pagaban arriendos a dueños de terrenos agrícolas subdivididos para ofrecerlos en lo que fuera conocido como “arrendamiento de piso”, terrenos sobre los que los moradores levantaban sus ranchos con materiales “húmedos y putrescibles”. Estos asentamientos se denominaban rancheríos o guangalíes, y tenían antecedentes en los pueblos de indios formados en las cercanías de las ciudades para acceder a trabajos remunerados (Larrañaga, 2010, pág. 5)

Pero este tipo de problemas no se condicen con la realidad económica del país que con el auge del trigo, de la minería, la anexión de la araucanía que proveyó a las arcas nacionales de los recursos de la explotación agrícola y forestal a fines del siglo XIX, mostraban un desarrollo económico admirable para la región, ya que junto a Argentina y Uruguay eran los países con más alto ingreso per capita (Larrañaga, 2010). Sin embargo esa riqueza asociada a un sostenido proceso de modernización y urbanización, que atrajo gran cantidad de población hacia los centros urbanos, no fue una riqueza para todos ya que solo

arrastró consigo a ciertos sectores y, por ende, la gran mayoría de la sociedad siguió sufriendo los embates de tal concentración, ello hizo surgir importantes cordones marginales en torno a las grandes ciudades (Naumann, 2000). En Santiago, ya en 1912 se contabilizaba la existencia de 1574 conventillos donde las llamadas clases populares urbanizadas trataban, entre el hacinamiento e insalubridad, subsistir (Quintana, 2010).

Pero esto no solo afectó a los hombres y mujeres que se encontraron en condiciones de dedicar su vida al trabajo, la desigual repartición de la riqueza y la falta de Estado en lo que se refiere a políticas sociales conformaba un excelente caldo de cultivo que arrojaba sin distinción a toda la población a las calles. En esta época se hace conocido el fenómeno de la vagancia infantil, que tendrá fuertes repercusiones en la sociedad. Esta vagancia que cuenta en su base las mismas carencias materiales que los sectores populares debieron enfrentar, se vio apuntalada por el abandono del hogar por parte de los padres, provocada debido a la falta de empleo o los escasos salarios, conducta tal que fue considerada delito, y que según la Estadística Carcelaria del Ministerio de Justicia para el período 1900-1909, era el segundo en mayor frecuencia. En ese sentido, la única salida a esa condición de abandono por parte de los menores, era la calle (Quintana, 2010). Súmesele a eso la violencia y el hacinamiento en las condiciones de vida dentro del conventillo, que generaron todos “un sentimiento de repulsión que empujó a todos los actores de esa vida, en un momento u otro de ella, a escaparse, y en el caso de los niños varones, a hundirse de lleno en el mundo de la calle” (Gabriel Salazar y Julio Pinto en Quintana, 2010).

Estado versus iglesia

Como sea, para la sociedad en su conjunto, el vagabundo sea éste niño o adulto, hace visible la miseria de las vidas del bajo pueblo, cosa que se vuelve un problema de orden público que atender. Frente a esta situación, dos han sido las principales respuestas, por un lado, la del control, que trae formas de represión policial como apresar a los vagos, los “falsos pobres”, o por otro, un tipo de control más cercano a prácticas gubernamentales, como puede ser el otorgamiento de una licencia que autorizaba a mendigar a personas invalidas o mujeres que no tuvieran otro tipo de sustento (MIDEPLAN, 2005). No importa atender aquí la lógica o el argumento del porqué tales comportamientos y personas merecen ser perseguidas, sino atender la circunstancia que la respuesta es siempre legal porque no cabe otra forma de hacer frente a la exclusión debido a la existencia de un Estado sin atribuciones en materia social.

Es por eso que las primeras intervenciones institucionales que van más allá de lo policial recaerán en manos de instituciones privadas de carácter benéfico, las que asumieron la tarea de trabajar con la población más precarizada (MIDEPLAN, 2005). Estas instituciones están vinculadas principalmente con la Iglesia Católica, siendo una de las principales instituciones el Hogar de Cristo, fundada en el año 1944 por el Padre Alberto Hurtado. Un antecedente del contexto de la época habla de 5 mil niños vagos en Santiago, cuyas vidas constantemente eran retratadas en la prensa, no con el objetivo de conocerlos, sino más bien identificarlos como un problema que molesta a la imagen de la gran ciudad, como retrata en una columna aparecida en el Diario el Ilustrado en 1944 (Fernández, 2008):

“Fuimos espectadores en una oportunidad -relata el periodista- del caso de un señor que salió del principal hotel de nuestra capital, y a quien se acercaron varios mendigos que jugaban o esperaban en la Plaza Bulnes. Como el mencionado señor no les dio dinero, procedieron a injuriarlo en forma soez: a lo que el aludido contestó con una frase cualquiera, y, lo que es peor, con un marcado acento extranjero”.

Si bien hubieron avances a comienzo del siglo XX, en materias sociales por parte del Estado, como por ejemplo la primera ley social sobre “Habitaciones Obreras”, promulgada en 1906, siempre existieron sectores más precarizados que no fueron sostenidos por un Estado que fue construyéndose en la medida en que se fue enfrentando a una serie de problemáticas sociales que eran empujadas por los sectores populares, ejemplo de esto es que, en 1925 la cuestión social irrumpe con más fuerza y el Estado comienza a expandir su preocupación social, pero siempre enfocada en un tipo de población anclada en los sectores productivos. Es ahí donde tiene su origen la seguridad social con el nacimiento de las llamadas Cajas, (de Seguro Obrero, la Caja de Empleados Particulares y la Caja de Empleados Públicos y Periodistas) todas corporaciones de derecho privado sin fines de lucro, creadas como las primeras entidades de seguridad social en Chile, para administrar por cuenta del Estado, en Alianza con los Empresarios (Larrañaga, 2010). Otras instituciones no confesionarias que formaron parte de la solución fueron la Rotary Club, la Sociedad Protectora del Hogar y la Cruz Roja, cuyo foco de intervención estaban centrados en formar competencias para desempeñar un oficio, básicamente, su objetivo fue la formación de hábitos y de una disciplina que les permitiera optar a un trabajo para así superar su situación de pobreza y precariedad.

Lo importante de las primeras décadas del Siglo XX con respecto a la mirada social de la población en situación calle, es que no hay todavía una población tal que pueda conceptualizarse como de situación calle, más bien lo que hay es una mirada que pone su atención en un amplio espectro en donde transitan delincuentes comunes, vagabundos, etc. Hasta la década de los 60 no hay cambios significativos, pero desde aquí en adelante comienza una expansión con respecto al gasto social que alcanza su mayor expresión en el Gobierno de la Unidad Popular, en el cual la infancia constituye un foco de preocupación central de las políticas sociales: se amplía la cobertura educacional, disminuye las tasa de mortalidad, etc. (MIDEPLAN, 2005). Hay que sostener que, si bien estas políticas buscaron la inclusión no solo de la infancia sino de vastos sectores precarizados de la población, aún no existe una política pública dirigida a una población en particular. Durante la dictadura, con la disminución considerable del gasto social y una crisis económica en ciernes, el crecimiento de la población excluida comienza a dibujar una serie de problemáticas que habían comenzado a ser resueltas en las décadas anteriores, lo que es considerado un retroceso con respecto a la protección estatal. Se pasa de esta manera de un Estado Asistencial a comienzos del siglo XX, hacia un Estado del Bienestar a mediados de ese Siglo, para convertirse ahora en un Estado Subsidiario de políticas públicas focalizadas. En cifras recogidas de informes del Hogar de Cristo con respecto al año 82 (MIDEPLAN, 2005):

“Se estimaba que uno de cada cinco chilenos vivía en la miseria, por lo que no es extraño encontrar declaraciones que indican que tras la crisis económica de 1982 la cantidad de gente que demandaba atención había crecido, pasando –sólo en hospederías– de 4.729 mensuales en 1979 a más de ocho mil en 1983”.

El panorama con respecto a la población en situación de calle no es muy distinta los años venideros, pues a pesar que siguen siendo visibles, aún no existen datos para conocer la cantidad de personas que viven en esa condición. Con el inicio de los gobiernos posdictatoriales, con la coalición llamada Concertación de Partidos por la Democracia, se retoman las políticas públicas de gran alcance con respecto a la superación de la pobreza, se aumenta el gasto fiscal y se proponen nuevas formas de medición y de intervención, lo que va generar una diferenciación de la exclusión y de la pobreza. Hasta aquí, la situación calle todavía no es un foco de políticas públicas, quien lo interviene son todavía las instituciones particulares, quienes aprovechando la experiencia acumulada en intervención, ayuda o

asistencia, comienzan a construir una red que empieza a visibilizar el fenómeno, dejando fuera la diferenciación que contribuyó a construir un cierto ideario sobre la pobreza del siglo XIX y comienzos del siglo XX entre los llamados falsos pobres y pobres verdaderos, sacando el aspecto delictual e identificando otros fenómenos sociales que contribuyen al problema, como el alcoholismo, la desvinculación familiar, la pobreza estructural. Surge entonces la Red Calle, alianza estratégica compuesta por la Corporación “Acógeme”; la Corporación “Chasqui”; la Corporación Gente de la Vega; la Fundación de Beneficencia Hogar de Cristo; la Organización Solidaria “Hijos de la Calle”; la Corporación “Nuestra Casa”; la ONG Raíces; la Corporación Servicio Paz y Justicia, y UNELC (Una Noche en las Calles). Son estas organizaciones las que comienzan a construir una propuesta destinada a conocer el número de población de gente en situación calle, solicitando al entonces Presidente de la República Ricardo Lagos la realización de un catastro en la Comuna de Estación Central en el año 2003. Bajo la coordinación del Ministerio de Planificación y con la participación de organizaciones de la sociedad civil, ese mismo año se realiza, en las comunas con mayor población, el primer catastro a nivel nacional, que arrojará los primeros datos cuantificables de esta población permitiendo saber el número de personas en esa situación. Encontramos aquí, a saber, la primera conceptualización referida a personas en situación calle:

“A persona que se halle pernoctando en lugares públicos o privados, sin contar con una infraestructura tal que pueda ser caracterizada como vivienda, aunque la misma sea precaria y a aquellos que, por carecer de alojamiento fijo regular y adecuado para pasar la noche encuentran residencia nocturna, pagando o no por este servicio, en alojamientos dirigidos por entidades públicas, privadas o particulares y que brindan albergue temporal. Asimismo, a aquellas personas que por encontrarse sin hogar o residencia, y sin apoyo de familiares u otros significativos, dependen de programas sociales que ofrecen residencia permanente o por períodos importantes, con apoyo bio-psicosocial” (p.11)

Con esta definición se contempla en primer lugar el tema del hogar, pero también deja a entrever la desvinculación familiar, lo que pone énfasis mayor amplitud del concepto, que no solo tiene relación con la falta de infraestructura, que en sí mismo se convierte en problema, sino también el tema de los vínculos familiares. En el año 2005 se realiza el Primer Catastro Nacional de Personas en Situación de Calle, se trataría de una encuesta aplicada en 80 comunas con más de 40 mil habitantes, sus resultados muestran la existencia de 7.254

personas que comparten esa condición, lo importante sin embargo es la obtención de información tal, como identificación, historias de vida, estrategias de subsistencia, educación y salud, que finalmente nos permite caracterizar esta población y establecer una línea de base para la formulación de una política pública en este ámbito” (MIDEPLAN, 2005). Así es que comienza a dibujarse un cambio paradigmático respecto de esta población, pasando de uno en que se favorece el carácter policial centrado en el orden público a uno en el que el desarrollo de técnicas de intervención requiere de la producción de información estadística, de ubicación espacial, incluso de modos de comportamiento y tipos de conductas, (Ferrer, 2005).

La tematización del fenómeno de la situación calle, no ha sido mirada aún en la relación de las políticas públicas y el tipo de sujetos que pretende construir y menos dar cuenta de los procesos sociales y subjetivos que están en su base, más bien se han centrado en preguntarse acerca de la problemática que los llevó a ser parte de esa población, una suerte de búsqueda de la identidad calle, las representaciones que tienen los sujetos que están en ella o sus vivencias. El camino de esta investigación, en cambio, pretende entregar luces sobre el ámbito de la subjetividad, es decir, se propone conocer el tipo de sujeto que se construye desde los diferentes regímenes de subjetivación, vale decir, desde su historia y desde las políticas y programa sociales al término de un proceso de intervención. Si comprendemos todo programa social aspira a construir un tipo ideal de sujeto, entonces entendemos esa tecnología, como una red colectiva, pero sobre todo simbólica que nos proporciona una suerte de mapa de cómo debería ser un sujeto. Nuestro objeto entonces radica en configurar los procesos de subjetivación que están en la base de la construcción de los sujetos contando con sus relatos y las prácticas que los constituyen.

Desde ya, los autores de esta investigación asumen que su interés político tiene que ver con visibilizar al sujeto intervenido y problematizar la mirada estatal interventora en un contexto como el que ha sido construido a lo largo de los últimos 40 años en Chile. Con estos elementos se trata de establecer la construcción del otro, cuyo eje en forma de interrogación estaría atravesado por la pregunta fundamental: ¿cómo se piensan en la relación con ellos mismos? Finalmente, de ello deriva la relevancia de esta investigación que persigue menos la narración del otro para configurar una cartografía de su subjetividad desde el cual puede ser mirado, estudiado y sobre todo intervenido, que conocer su historia, lo que ellos son a partir de sus trayectorias vitales.

CAPITULO 2

Pregunta de Investigación:

¿Cuáles son los procesos de subjetivación de los participantes del Programa de Apoyo de Adultos en Situación?

Objetivo General

Conocer los procesos de subjetivación de los participantes de Programa de Apoyo de Adultos en Situación de Calle.

Objetivos específicos

- 1) Conocer y analizar aspectos de la trayectoria vital de las personas en situación de calle.
- 2) Analizar los significados asociados a la experiencia del programa de intervención calle.
- 3) Conocer y analizar aspectos éticos y valorativos respecto de la experiencia vital de los sujetos calle.

Referencias Teóricas

La construcción de sujetos y los procesos de subjetivación

En este apartado nos proponemos problematizar al sujeto con el propósito de dar cuenta de su posibilidad a partir de la noción de subjetivación, noción que atraviesa esta investigación. Nuestro objetivo a partir de esto es el de establecer, a través de la indagación de las dinámicas que describen el desarrollo de la subjetivación, cómo es que las personas que experimentan la situación calle se han convertido en lo que son en un momento histórico particular por medio de las relaciones que establecen con otros y consigo mismos.

Sin embargo, antes, y a modo general, cabría señalar que el término ‘subjetivación’, se ha utilizado para describir, en el marco de las ciencias sociales, el proceso a través del cual los individuos llegan a constituirse como sujetos. O, dicho de otra manera, las formas a través de las cuales se producen, en distintos contextos históricos y sociales, sus diferentes formulaciones. Y principalmente ello ha consistido en dar cuenta de un conjunto variado de técnicas de sí a partir de las cuales el sujeto, y con él su subjetividad, se configura como tal (Foucault, 2003; Foucault, 2003b).

Pero, si bien es cierto, que en torno a la pregunta: ¿cómo es que el individuo deviene en sujeto? se han elaborado diferentes formulaciones, siendo quizás la teoría de la socialización, principalmente en base al trabajo de Emile Durkheim, una de las más utilizadas al momento de brindar respuestas a dicha interrogantes (Araujo & Martuccelli, 2010), sin embargo el excesivo énfasis que esta perspectiva brinda a las determinaciones sociales por sobre la dimensión subjetiva o agencial de los individuos hace que nuestra referencia inmediata no atienda sino al conjunto de trabajos cuya vertiente tiene su origen en la obra del filósofo francés Michel Foucault, para quien “el modo en que un ser humano se convierte a sí mismo o a sí misma en sujeto” (Foucault, 1988, pág. 3) ha supuesto una de las preocupaciones fundamentales de su obra -quizá esa sola consideración sea suficiente para justificar, a lo largo de este capítulo en particular y del conjunto de este trabajo en general, nuestra constante referencia a la obra y pensamiento de este autor-.

En efecto, como él mismo lo señalara, el sujeto, supuso para este autor una de las preocupaciones fundamentales de su obra de tal forma que sus trabajos constituyeron un esfuerzo por dar cuenta de sus diferentes formulaciones:

“Quisiera decir, antes que nada, cuál ha sido la meta de mi trabajo durante los últimos veinte años. No ha consistido en analizar los fenómenos del poder ni en elaborar los fundamentos de tal análisis. Mi objetivo, por el contrario, ha consistido en crear una historia de los diferentes modos de subjetivación del ser humano en nuestra cultura”. (Foucault, 1988, pág. 3)

Esta referencia al sujeto humano, lejos de ser casual, resulta de suyo relevante para describir en qué consisten los procesos de subjetivación, y la razón de esto radica en que ella misma se levanta sobre una particular noción de sujeto que hasta ese entonces había sido constante en la modernidad, esta es, aquella que postula “explícita o implícitamente, al sujeto como fundamento, como núcleo central de todo conocimiento, como aquello en que no solo se revelaba la libertad sino que podía hacer eclosión la verdad” (Foucault, 1992, pág. 16). Así entonces, la primera condición de los procesos de subjetivación debe inscribirse en la tarea de eliminar todos los universales antropológicos sostenidos por la filosofía occidental, es decir, “todo cuanto se nos propone en nuestro saber, con presunción de validez universal” (Foucault, 1999, pág. 366). Este sujeto en cuestión, que debe ser rechazado en principio, ha sido definido por Hopenhayn (1997) como:

“aquel sujeto que se atribuye cualidades intrínsecas que permiten discernir entre el conocimiento verdadero y el falso, y entre lo real y lo aparente; que se percibe como indisoluble en su identidad y consistente en sus convicciones; que cree conocer la racionalidad de la historia (y de su historia personal) y deducir de ello la capacidad para guiar esas mismas historias; y que se declara sujeto trascendental por cuanto se presume dotado de una moral de validez universal o de la facultad para remontar el conocimiento de la realidad hasta sus razones últimas” (en Angelcos, 2008, pág. 13)

Desde la perspectiva de los procesos de subjetivación, el ser humano es visto como un artefacto cultural e histórico (Rose, 2019) cuyo contenido, o lo que es igual, todo lo que de él puede ser dicho, varía al compás del tiempo y las circunstancias, pues, se trata de un

artefacto conforme al cual no le asiste en principio y por naturaleza ninguna determinación *ex ante*, ningún a priori de esos que pueden denominarse trascendentales (Foucault, 1999). De hecho, el mismo Foucault, habría advertido del carácter temporal de ese sujeto trascendental analizando las formas en que el sujeto humano ha sido pensado por las ciencias humanas: “el hombre es sólo una invención reciente, una figura que no tiene ni dos siglos, un simple pliegue en nuestro saber y que desaparecerá en cuanto éste encuentre una forma nueva” (Foucault, 1968, pág. 9). El sujeto humano, así aparece como el resultado de una serie de dispositivos que hacen posible su aparición, vale decir, es una figura epistemológica que surge como el efecto de un conjunto de relaciones y prácticas discursivas (Foucault, 1979). Estas condiciones son, precisamente, las que muestran la finitud de la figura del hombre, y a su vez revelan el carácter contingente y precario de su construcción histórica, que, siguiendo a este autor, de verse modificadas o ausentes esas mismas condiciones que lo hicieron posible, el sujeto humano correría igual suerte:

“Si esas disposiciones desaparecieran tal como aparecieron, si, por cualquier acontecimiento cuya posibilidad podemos cuando mucho presentir, pero cuya forma y promesa no conocemos por ahora, oscilaran, como lo hizo, a fines del siglo XVIII el suelo del pensamiento clásico, entonces podría apostarse a que el hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro de arena”. (Foucault, 1968, pág. 375).

No está demás, debido a la pertinencia que conlleva para el propósito nuestro de describir la subjetivación como el proceso de construcción de sujetos, traer a colación la crítica formulada al autor a partir de la cita anterior. Mucho se dijo, y de manera crítica, que señalar que el sujeto hombre no era sino una invención reciente de las ciencias humanas suponía la idea misma de su muerte (Deleuze, Foucault, 1987). Sin embargo, con ello, no es precisamente su muerte la que ha sido declarada bajo el influjo de aquella idea, sino más bien lo que ha sido decretado es lo que se denomina el descentramiento del sujeto (Sanchez Antonio, 2018), que no es sino la sustracción de su posición central en la función epistemológica, pues, ya no se le reconocerá al sujeto humano, como un atributo inherente a su ser, aquella facultad que lo hace capaz de dotar de sentido y coherencia a la realidad social o a la historia. Pues, solo a condición de efectuar este rechazo o despojo de su rol de fundamento originario, dice Foucault, pueden observarse “los procesos peculiares de una experiencia en la que el sujeto y el objeto «se forman y se transforman», uno por relación y en función del otro” (1999, pág. 366).

Dicho eso, entonces, la pregunta que cabe retomar es, entonces ¿cómo, de qué manera, los individuos devienen en sujetos? Antes dijimos que los procesos de subjetivación describen un modo a través del cual el individuo se constituye como sujeto humano, a partir de la relación que establece uno consigo mismo, y por medio de una serie de técnicas de sí que le permiten a un individuo constituirse en sujeto de su propia existencia. Pero, en rigor, este proceso no es el único, y menos aún, en términos temporales, el primero de ellos. Pues, los procesos de subjetivación, al decir de Deleuze (2015), derivan de los ‘modos de objetivación’, que son, igualmente, una manera –otra digamos- en que los seres humanos se transforman en sujetos, y que se alcanza cuando el sujeto aparece como un objeto de conocimiento legítimo de algún entendimiento dado (Foucault).

Esto último, quizá, resulte más elocuente si se describe a través de un lenguaje más familiar al de la teoría social, el sujeto humano, diríamos desde aquí, se forma en la dinámica de la constricción y la posibilidad, vale decir, en el dominio de la estructura y la agencia: dominio pertinente, a la vez que permite explicar la doble significación que le es asignado al vocablo ‘sujeto’, pues, rigurosamente, es posible hablar de sujeto cuando se le considera “sometido a otro a través del control y la dependencia” –estructura-, y cuando se encuentra “atado a su propia identidad por la conciencia o conocimiento de sí mismo” -agencia-. (Foucault, 1988, pág. 7)

La primera acepción de sujeto es la que propiamente cabe considerar cuando nos referimos a los modos de objetivación, que dan cuenta, en efecto, de la manera en que el sujeto se inserta como un objeto de conocimiento en lo que Michel Foucault llamó los juegos de verdad, nombre con el que se refiere a un conjunto o grupo de enunciados que tienen el estatus de ciencia y que toman por objeto al sujeto dándose a la tarea de desplegarlo como un campo de conocimientos, pero también refiere bajo esta denominación al conocimiento que se ejercita en instituciones y prácticas de control como las que llevan a cabo el hospital, el manicomio, la cárcel, etc. (Foucault, 1988).

Sin embargo, sabemos a través del mismo autor que la relación que media entre el conocimiento y los objetos no es una relación necesaria, una relación que muestre, por decirlo así, una adecuación fidedigna entre la cosa (el sujeto calle en nuestro caso) y el discurso que se refiere a la cosa, lo que ha sido dicho acerca del sujeto calle (Foucault, 1968). Para decirlo de una manera diferente, ese grupo de enunciados que se juzga verdadero en cierto contexto

no viene dado por un saber que se ha convertido en verdadero o científico por haber logrado dar cuenta de la esencia misma de la cosa a la que se refiere, pues contrariamente como postula este punto de vista, ese conocimiento ha sido constituido y posibilitado más bien por relaciones de fuerza, vale decir, por una adecuación violenta o contingente entre las palabras y las cosas, o lo que es igual decir, entre el conocimiento y el mundo, en donde el poder ha jugado un rol importante para producir ese conocimiento que se juzga verdadero. En este sentido la ‘verdad’ aparece como un producto de la convergencia de múltiples y diferentes formas de coacción (Foucault, 1992). De ahí la importancia que se debe atribuir a las relaciones de poder, importancia que resalta el mismo autor: “desde el momento en que comenzamos a estudiar (...) los diferentes modos de objetivación del sujeto, entendemos la importancia del papel que el análisis de las relaciones de poder deben desempeñar” (Foucault, 1988).

Sin embargo, valga la aclaración, el poder no debe comprenderse desde una concepción restringida que lo asimila a una instancia represiva, tampoco bajo la forma de una institución o una estructura, menos como una potencia de la cual algunos individuos estarían dotados por sobre otros y que operaría prescribiendo o permitiendo tales o cuales comportamientos bajo la fórmula del “no debes”, descripción tal que Foucault describirá como el modelo jurídico del poder, en donde el poder no puede nada, salvo lograr que el sometido “nada pueda tampoco, excepto lo que le deja hacer” (Foucault, 2007, pág. 104). Por el contrario, el poder debe ser pensado como una instancia positiva, en el sentido que desempeña, allí donde se le halla, “un papel directamente productor” (Foucault, 2007, pág. 114); cuestión que vendrá a explicar, por lo demás, su adherencia y eficacia, pues al poder se le obedece no solo porque reprime o prohíbe sino, en especial, porque produce ciertos saberes que se toman por verdaderos (Castro- Gómez, 2010). Sobre esta relación de familiaridad entre el saber y el poder, Foucault dirá lo siguiente:

“Quizás haya que renunciar a creer que el poder vuelve loco, y que, en cambio, la renunciación al poder es una de las condiciones con las cuales se puede llegar a sabio. Hay que admitir más bien que el poder produce saber (y no simplemente favoreciéndolo porque lo sirva o aplicándolo porque sea útil); que poder y saber se implican directamente el uno al otro; que no existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo unas relaciones de poder” (Foucault, 2002, pág. 28)

Esta relación de poder a la que refiere debe ser definida, en lo específico, como una acción que actúa directa o indirectamente sobre las acciones de otro. Por eso no debe considerarse como un modo de lucha o confrontación entre dos adversarios, sino como una operación o ejercicio cuya particularidad “consiste en conducir conductas y en arreglar probabilidades” (Foucault, 1988, pág. 15). De ahí que se inscriba como condición de posibilidad para su despliegue la libertad del sujeto sobre quien se ejercita o recae esta relación de fuerza: “el poder se ejerce únicamente sobre sujetos libres y sólo en la medida en que son libres” (Foucault, 1988, pág. 15), pues, es esta condición de libertad lo que permite abrir un campo de posibilidades de actuación de los sujetos en la medida que el poder facilitará o dificultará, volverá más o menos probable ciertos saberes y conductas (Foucault, 1988). Por esta razón, Rose, siguiendo esta misma línea de trabajo, insistirá en observar estos fenómenos a partir de una perspectiva de gobierno por sobre una de tipo cultural, bajo la cual la atención convendrá dirigirla hacia el conjunto de programas políticos que intentan modelar las conductas de los individuos para disciplinarlos, normalizarlos o bien, refórmalos (Rose, 2019).

El sujeto, entonces, aparece desde este punto de vista como un efecto del poder, constituido por medio de sus diferentes dispositivos, y lo hace de la misma manera que logra dar forma a otros objetos de conocimiento como son la locura, la delincuencia y la homosexualidad (Vignale, 2014). Dicho lo anterior, los modos de objetivación y sus prácticas articuladoras de dispositivos, constituyen una modalidad del poder, vale decir, una manera de actuar y dirigir la vida de los individuos imponiendo saberes y conductas a partir de las cuales los individuos deberán reconocerse y ser reconocidos por otros, como una modalidad del poder que en definitiva “transforma a los individuos en sujetos” (Foucault, 1988, pág. 7). Ahora bien, la necesidad de dar de los ‘modos de objetivación’, se ha dicho antes, radica en el hecho de que no solamente constituyen la primera forma de construcción de sujetos, su relevancia es tal debido a que constituye la base, el punto de partida desde el cual arrancan los procesos de subjetivación. Pero, valga la aclaración, éstos no dependen enteramente de ellos, puesto que los procesos de subjetivación logran dotarse de un grado de autonomía que les permite individualizarse de los modos de objetivación o, lo que es lo mismo decir, del poder. Esto último se hace presente no al modo de una aclaración de tipo lógica, como sería dar cuenta de una secuencia necesaria y coherente de hechos o premisas para derivar de ellas un resultado, se hace presente más bien para mostrar que de este juego entre uno y otro se

derivan consecuencias teóricas y políticas importantes: eso sí, a condición de atenernos a una reflexión amplia de lo político, vale decir, como un momento o lugar en el cual se delibera sobre los destinos de la vida de cada uno y de los otros. De una manera más elocuente Deleuze (2015) plantea esta misma cuestión bajo la pregunta ¿es posible franquear el poder? lo que vale tanto como preguntar ¿es posible escapar al gobierno político, a las formas en que hemos sido pensados, gobernados, o bien, objetivados? Pues, como observó Foucault, son los procesos de subjetivación los que permiten responder positivamente a la pregunta o, por lo menos, los que permiten plantear aunque sea mínimamente esa posibilidad de escapar a un dominio de gobierno, toda vez que, de acuerdo a sus palabras, “no existe otro punto de apoyo primero y útil de resistencia al poder político que el que se encuentra en la relación de uno para consigo mismo” (Foucault, 1994, pág. 88).

Y su razón es que los procesos de subjetivación, describen un tipo de relación que uno establece consigo mismo, a través de la cual, según sea la modalidad o forma que adopte, esto último es sin duda uno de los aspectos más variables, el individuo se constituye y reconoce como sujeto (Foucault, 2003). Es decir, cuando uno entra en relación consigo mismo, no hace otra cosa sino que tomarse a sí mismo como un objeto de su propia consideración, esto es, se toma a sí mismo como un objeto de conocimiento, y por medio de esta objetivación que realiza sobre sí mismo, ya sea mediante formas de reflexión, de examen, de desciframiento incluso, llegará a reconocerse a sí mismo para luego transformarse fijándose un determinado modo de ser (Foucault, 2003b). Pero, en modo alguno, como enseña Foucault, esta actitud individualista que surge con la relación consigo mismo debe ser asimilada con alguna forma de narcisismo o a un exceso de individualismo, tampoco debe confundirse con el simple proceso de la introspección en el que la reflexión y el examen se orienta hacia uno mismo, pues si bien se trata de actitudes que pueden estar ligada a esas formas, no constituye en caso alguno un vínculo necesario ni constante (Foucault, 2003b).

Es en efecto que los procesos de subjetivación en su operación requieren que el dominio, la fuerza, en una palabra, el poder, se oriente, no hacia adelante o hacia un otro, sino sobre sí mismo, y que se exprese como una forma de gobierno de sí. Como observa Deleuze (2015, pág. 99) en momentos que “la fuerza se pliega sobre sí mismo, ocurre la subjetivación” produciendo tal o cual subjetividad. Por ello su ejercicio requiere del apoyo de ciertas prácticas que le otorguen un sustento adecuado para conseguir la transformación en

su modo de ser, tales prácticas son las que Foucault denominó con el nombre de ‘tecnologías del yo’, las que por medio de su ejercicio:

“Permiten a los individuos efectuar por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y alma, pensamientos, conductas o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad” (Foucault, 2008, pág. 48)

Cabe añadir que estas técnicas sobre sí mismo por las cuales los individuos buscan una transformación en sus vidas, no solamente constituye el primer punto de resistencia al poder político así como a todo poder que esté presente las relaciones humanas, suponen asimismo una práctica de libertad por parte de quienes la ejercitan, una libertad que es entendida precisamente como el dominio que son capaces de ejercer los individuos sobre sí mismo (Foucault, 2003b). Como reseña una vez más Deleuze sobre este aspecto:

“Gobernarse a sí mismo es una operación muy curiosa porque no se reduce al dominio del poder, ni al dominio del saber. Es una operación específica, irreductible al poder, irreductible al saber. En otros términos, es una operación que se desengancha tanto del poder como del saber” (2015, pág. 97)

Pero, finalmente, debe tenerse presente que, bajo cualquier circunstancia, la libertad que asumen los procesos de subjetivación frente a las modalidades del poder que intentan dominar la conducta y la subjetividad de los individuos es solo una posibilidad, una regla facultativa que no está presente en todos los individuos. Y cuando efectivamente está presente la subjetivación y produce este desenganche, su autonomía se va a encontrar siempre en tensión con el poder. En este sentido, la subjetivación, dice Deleuze (2015), podrá entrar en relación de independencia del poder o en situación de establecer una relación de compromiso con el modo de ser que le ha sido asignado por éste, debido a que el poder “no cesa de querer reconquistar, volver a atrapar esta subjetividad o esta operación de subjetivación y servirse de ella” (2015, pág. 133).

Hablar de programa social como dispositivo de subjetivación nos plantea dos tareas, la primera tiene que ver con dar a entender de qué estamos hablando cuando nos referimos al concepto de programa social y lo segundo es explicar qué sería el Programa Social leído cómo dispositivo de subjetivación. En el primer caso y, si nos aventuramos con una explicación informal podríamos sostener que el concepto de Programa social se puede identificar como un conjunto de directrices que posibilitan un tipo de intervención acotado por una racionalidad que le antecede tendiente a generar un cambio en una comunidad, un grupo social determinado o un individuo, es decir es una acción que fija lo que se puede hacer, con quién o quiénes y durante cuánto tiempo. El Estado de Chile mediante la ley 20.530 en su artículo 2 define como programa social “como el conjunto integrado y articulado de acciones, prestaciones y beneficios destinados a lograr un propósito específico en una población objetivo, de modo de resolver un problema o atender una necesidad que la afecte”. Esas acciones, prestaciones y beneficios tienen una cierta racionalidad, con un sinnúmero de decisiones de exclusión/inclusión, de formas de intervención, esto es, una construcción técnica, al decir de Arroyo (2012) que permite expresar con cierto grado de complejidad un problema.

Problematizando aún más esas definiciones tendríamos que agregar ciertas dimensiones que no son consideradas en los análisis habituales de los programas sociales, como sería añadir a la construcción técnica unas directrices de corte político que permitan visibilizar las vicisitudes de un problema de carácter social que está inexorablemente atravesado por la cuestión del poder, y por tanto, por los actos de gobierno. Un acto de gobierno en el sentido de una preocupación por objetivar una población y por construir alrededor de ella una red que no solo se centra en el sujeto, en su libertad y su autonomía sino que posibilita ciertas condiciones que van regulando incluso la forma en que debería ser su emergencia (Lasch, 2010). Un acto de Gobierno como lo expresará Foucault estaría dado por la facultad de administrar la economía, el territorio y la población, mediante una racionalidad adecuada para conocer aquello que se gobierna (Gomez-Castro, 2010). Hay ahí un acto de objetivación y para ello de una construcción de saberes sobre los cuerpos de un otro u otros que construye una mirada del sí mismo, una mirada anclada en una forma de vida que no

puede ser otra que la que se ofrece como garantía de éxito y esa forma de vida que se le ofrece al sujeto excluido, no es distinta a la que prima en la sociedad neoliberal, como idea que posibilitaría un mejor pasar y con esto nos referimos a la vida del sujeto emprendedor, la vida del dueño de sí mismo, la vida cristalizada alrededor de otros programas que lo objetivaran nuevamente.

Que un programa social sea leído como un modo de objetivación que nos permite hacer inteligible una serie de dimensiones que no son analizadas en primera instancia. No son analizadas porque la función de los programas sociales estaría mediada por ser el sostén de sectores vulnerables de la sociedad, hay una suerte de buenas intenciones, que construye un cerco de sentido que impediría ver estos espacios desde una mirada más crítica. Por tanto, despojarlo del sentido utilitarista nos permite construir una fisonomía que nos posibilita observar las tensiones que los entrecruzan, las resistencias y los entramados de poder. Si entendemos desde esta matriz el programa social, es decir como modo de objetivación, vemos que en primer lugar este opera en lo extra-discursivo, constituyendo las prácticas que son permitidas y las que no (por ejemplo los inscritos que reciben sueldo ético familiar versus los que no están inscritos), y a nivel discursivo, construyendo saberes y enunciados científicos que, que son asumidos por parte de técnicos y profesionales de las Ciencias Sociales para modelar un sujeto catalogado como apto para preparación laboral o un sujeto todavía en vías de pasar etapas de preparación. Este acercamiento a los modos de objetivación leído en clave de programa social nos ofrece alternativas de posar la mirada y pensar los efectos que produce en las prácticas de un programa, es decir, nos permite dar cuenta de lo que producen, sus discursos, sus enunciados, sus proposiciones en los “beneficiarios o usuarios”, y en ese sentido la pregunta por el tipo de sujetos que produce o, a lo menos proyecta, se vuelve relevante.

La pregunta entonces que se pretende responder es acerca de esos modos de subjetividad que construye el programa de Apoyo a Adultos en Situación de Calle cuyo objetivo central propone mejorar las condiciones de vida o que los sujetos puedan superar dicha situación a través del despliegue de alternativas de seguridad y protección, el desarrollo de sus capacidades y el aumento de recursos psicosociales y sociolaborales. Desde esa perspectiva la lectura hacemos es bajo la forma de los modos o procesos de objetivación/subjetivación. Nos hace enfrentarnos nada más y nada menos que a la potencia

performativa del poder estatal, a su capacidad en primer lugar de producir una población de adultos en situación calle y su capacidad de delimitar el margen de acción.

Epistemología

La investigación que aquí se presenta se inscribe en la perspectiva socioconstruccionista del conocimiento.

Habría de señalar, en seguida, que dar con una definición sobre el construccionismo social supone no obstante una dificultad para todo aquel que se dé a la tarea de presentarla como fundamento para el conocimiento en las ciencias sociales, debido a que la amplia literatura que desde la década de los 90 del siglo pasado viene insuflando este punto de vista (Iñiguez-Rueda, 2003) dificulta el acuerdo para concretar una definición estable y unívoca que abrace el conjunto de contribuciones que hacen las diferentes disciplinas de las ciencias sociales. Esta dificultad ha sido manifiesta por lo menos por un conjunto de autores que, tomando las debidas precauciones, han preferido caracterizarlo unas veces como un *movimiento* construccionista (Gergen, 1995); una *galaxia* construccionista (Ibañez T., 2001); incluso, como un *meta-discurso* (Piper, 2007).

En todo caso, consciente de esta dificultad, a modo de presentación de este punto de vista, y recogiendo los aportes que realizan estos autores decimos, en vista de una definición mínima, que se trata de una perspectiva que enseña que el conocimiento de la realidad social es construido socialmente, conforme a prácticas sociales que están circunscritas a sus contextos históricos que son específicos de cada formación social.

De una manera semejante, de la misma dificultad resulta encontrar un conjunto articulados de proposiciones que la describan, como si de una teoría se tratase (Sandoval Moya, 2010). En su lugar tenemos un conjunto amplio y variado de elementos y supuestos que la caracterizan, se dice de ella, por ejemplo, que es desnaturalizante, des-reificante, antiesencialista, antirrealista, etc (Iñiguez-Rueda, 2003), pero aun cuando se admite que ninguno de dichos elementos posee una identificación *sine qua non* con la perspectiva, parece posible, no obstante, encontrarles su lugar a cada uno de ellos en alguna de las características que se conjugan usualmente en cualquier descripción, estas son, conocimiento situado a un contexto histórico, por una lado, y conocimiento socialmente construido, por otro (ibíd.). Decimos con ello que estas características arrancan de una consideración preliminar

conforme a la cual el mundo social, cualesquiera sean sus características que lo conforman, reposa sobre un marcado carácter histórico y contingente. De acuerdo con esto, se afirma que el mundo social, así como el conjunto de relaciones sociales que lo componen, por más vigoroso, fuerte y estable que parezca en un determinado momento “no tiene necesidad de ser del modo como ha sido o actualmente es, porque es el resultado de la actividad humana” (Sandoval Moya, 2010, pág. 34), por lo cual puede ser perfectamente pensado de otra manera. De ahí que sea la actitud crítica, “de continuo cuestionamiento de aquello que venimos considerando como obvio, correcto, natural o evidente” (Iñiguez-Rueda, 2003, pág. s/n), la característica que mejor define al construccionismo social.

Valdría recordar además que esta perspectiva se presenta como una crítica y un intento por superar la idea del objetivismo que trajo consigo la concepción representacionista del conocimiento, la que asumiendo la existencia de una realidad social independiente del sujeto, postuló como criterio de validez para conocer esa realidad la correspondencia entre ésta con el sujeto. Correspondencia objetiva que habría de quedar asegurada mediante la aplicación del método científico, a partir del cual se estimaría plausible la posibilidad de conocer la realidad de dicho objeto (Ibañez T. , 2001, pág. 252). Cuestión imposible, como fue visto luego, toda vez que no existe una forma de comprobar si un saber o conocimiento se corresponde con la realidad de un objeto sino es observando en forma simultánea ambos elementos, lo cual requerirá, no obstante, la asistencia de otro observador, el que se encontrará en la misma posición que el primero (Pérez Soto, 1998, pág. 130).

El construccionismo social reconoce, en cambio, la dicotomía entre el sujeto [que conoce] y el objeto [por conocer], entre el conocimiento y el mundo, pero va a sostener, retomando la pregunta inicial, que ninguna de estas dos entidades existe propiamente con independencia de la otra. Las concepciones del mundo social, tanto su producción, como su fundamentación y validación, pasan a ser pensados a partir de esto ya no como el producto derivado de una realidad objetiva sino como el resultado de las vicisitudes y los procesos sociales específicos que establecen los individuos en contextos históricos y contingentes (Iñiguez-Rueda, 2003). El conocimiento objetivo fue, de esta manera, juzgado como una pretensión inalcanzable por parte del construccionismo social en tanto demuestra que el acceso a la realidad del objeto o del mundo social no puede realizarse con independencia de los conocimientos, o en palabras de Rorty, de las versiones que los sujetos tienen de ella (citado en Ibañez, 2001, pág. 252)

Pero el sentido otorgado aquí al carácter contingente del mundo social no es equivalente a la noción de espontaneidad. Como enseñan las ciencias sociales, cuando habitamos el mundo social, lo hacemos en el marco de un entramado de relaciones sociales que nos anteceden, y que otorgan sentido a nuestras relaciones particulares (Bourdieu, 2002). Las prácticas sociales, entre las que se cuenta el conocimiento, precipitan la aparición de estructuras sociales, y participan también, en ocasiones, de la creación de verdaderas instituciones sociales cuya función es la de favorecer y condicionar cierto tipo de acciones sociales en momentos determinados (Cottet, 2006; Bassi, 2013; Iñiguez-Rueda, 2003). Esto último habilita señalar que todo fenómeno social es portador de las huellas de su historicidad (Iñiguez-Rueda, 2003), o de sus condiciones de producción (Foucault, 2003). La vida social, en este sentido, no es asimilable a un papel de guion en el que nada hay escrito, no es una especie de creación constante de parte de los agentes (Bourdieu, 2011), surge más bien como resultado de las relaciones sociales en las que participamos cotidianamente, pero también de aquellas que nos antecedieron en el tiempo y que se nos imponen (Iñiguez-Rueda, 2003).

“cuando llegamos al mundo, el entramado, las estructuras y las categorías conceptuales propios de nuestra cultura ya existen, y es precisamente durante el desarrollo de nuestra capacidad lingüística, y por medio de ella, cuando adquirimos estos conceptos socialmente elaborados” (Iñiguez-Rueda, 2003, pág. 4)

Enfoque metodológico

La metodología utilizada es de carácter cualitativa. Esta metodología tiene por objeto comprender el modo en que se experimenta el mundo social por medio de los sentidos, motivos o creencias que los sujetos le imprimen a sus acciones (Taylor & Bodgan, 1987; Canales, 2006). Con ella, se pretende “aprehender endógenamente el problema desde el punto de vista de lo sujetos investigados, (...) según éstos lo perciben y categorizan” (Cappellacci & Juarros, 2014, pág. 308). Para lograrlo el análisis debe ser capaz de dar cuenta de la particularidad temporal y local de su objeto, lo que se logra observando la interacción de los sujetos en las situaciones en las que se hallan, es decir, en un contexto natural (Taylor & Bodgan, 1987).

Otro elemento relevante a destacar ahora desde la perspectiva de los investigadores es la orientación hacia la intervención de esta metodología, pues, quienes ejercen dicho rol, asumen no solo una posición descriptiva del fenómeno que observan sino que también se

hacen parte de la realidad social sobre la que operan, lo que hace, por esa vía, imposible situarse en una posición de exterioridad (Iñiguez Rueda, 1999). De acuerdo con Ibáñez: “los dispositivos de investigación social implican una acción sobre la sociedad que transforma la sociedad. Tienen una cara visible semántica (observación) y una cara invisible pragmática (acción)” (García Ferrando, Ibáñez, & Alvira, 1986, pág. 59) . En este sentido, el enfoque destaca la actitud reflexiva que el investigador adopta acerca de su práctica y que lo vuelve un instrumento de su propia investigación, pudiendo analizar su cometido y sus propios sesgos o prejuicios. Pero además del carácter reflexivo, posee la cualidad de ser un enfoque flexible, que, a diferencia de un enfoque cuantitativo, no tiene por guía un conjunto estandarizado de pautas y procedimientos para aproximarse a la realidad social que se investiga. Por contrario, se plantea que los componentes de este enfoque deben ser comprendidos de un modo implícito a lo largo de todo el proceso de investigación, lo cual ofrece la posibilidad de reformular y ajustarlos a la luz de la emergencia de imprevistos que ocurren, o en razón de los hallazgos que van apareciendo en el curso del proceso investigativo (Bassi, 2013)

Técnicas para producir la información.

La técnica a utilizar será en primer lugar la entrevista según formato no estructurado, con ello se busca asimilar la producción de información a una conversación, cuyo principal sentido es poder obtener relatos de los sujetos a través de un instrumento amigable, en este sentido se harán entrevistas-conversatorios. Sin embargo, este criterio puede cambiar, pues se trata de sujetos que no siempre están en el mismo lugar o en condiciones de efectuar una conversación lo que requiere de ir flexibilizando la recolección y producción de información.

Para ello se contactaron participantes del programa calle de diferentes coberturas, 2016, 2018, 2019 que estuvieran concluyendo su intervención es decir se encontraban en su segundo año o hayan terminado su proceso. Estos sujetos son de diferentes comunas de Santiago, entre las que se encuentran Renca, La Florida, Lo Espejo, Pedro Aguirre Cerda.

Resulta importante decir que, debido a la característica de los participantes, en tanto cronicidad calle y prácticas derivadas de consumo, de movilidad fue complejo coordinar entrevistas. Estas principalmente se llevaron a cabo durante la mañana, hora que en que los sujetos se encuentran en sus rucos o en sus espacios laborales, como semáforos,

estacionamientos o ferias. Se realizaron en una sesión de corrida, 90 minutos aproximadamente donde se abordaron los temas correspondientes a la pauta flexible que incorporamos.

Muestra

La muestra ha sido diseñada en lo fundamental respondiendo al criterio de representatividad, lo cual es logrado a partir del ejercicio de “cartografiar las posiciones sociales, culturales, económicas que hacen posible tener un ‘punto de vista’ determinado, según los criterios de homogeneidad y heterogeneidad plausibles (...) de combinación” (Cottet, 2013, pág. 34). En lo específico, los cinco entrevistados responden al criterio de haber sido participantes del Programa de Apoyo de Adultos en Situación de Calle.

Posteriormente, y aprovechando el conocimiento adquirido en la práctica del ejercicio profesional de uno de los autores quien se ha desempeñado como monitor del programa, se realizaron los contactos para ubicar y determinar las rutinas de los sujetos participantes que nos permitieran coordinar de algún modo las entrevistas. Todas las entrevistas fueron grabadas en audio previo consentimiento de los entrevistados, en el cual se les informó, además, que podían darle término a la entrevista en el momento que estimaran. Asimismo, para resguardar su identidad, las entrevistas fueron transcritas reemplazando sus verdaderos nombres.

Nombre	Comuna	Edad	Genero	Características principales
Marco	La Florida	40	Masculino	Tec. Prevención de Riesgo, fue parte del programa calle de la cobertura 2017, Se encuentra pernoctando en un Centro de Referencia dispositivo de Noche Digna
Luisa	Renca	48	Femenino	Fue parte del programa en la cobertura 2016, pernocta cerca de plaza Renca, trabaja cuidando autos.
Lucas	Pedro Aguirre cerda	57	Masculino	Fue parte del programa calle de la Cobertura 2017, trabaja vendiendo verduras en Feria, pernocta en línea del tren.
Renato	Lo Espejo	36	Masculino	Fue parte de la cobertura 2016, pernocta en Población Jose María Caro junto a su pareja, trabaja ayudando armando puestos de feria.
Alicia	La Florida	54	Femenino	Fue parte del Programa Calle en la Cobertura 2016, trabajaba cuidando y limpiando baños de hospitales

Estrategia de análisis

El material recopilado se ha analizado en conformidad con los postulados de la teoría fundamentada. En lo principal, se ha seguido el procedimiento que insta, en un primer momento, la identificación de incidentes, vale decir los elementos del corpus que hemos considerado relevantes y oportunos con los objetivos de la investigación; seguido de ello, procedimos a la comparación de estos incidentes y la formulación de categorías, dando inicio a aquello que esta teoría ha denominado como el método comparativo constante, el cual tiene por objetivo la indagación de semejanzas y diferencias a través de las cuales se generan los conceptos y sus características que, mediante su clasificación y sistematización, buscan dar cuenta de los patrones de comportamiento que describen los procesos sociales que se intentan objetivar; al final procedimos con la conceptualización teórica, que se consigue básicamente por medio de la integración de los conceptos y categorías trabajadas en el momento anterior,

y cuyo objeto es permitir y dar paso a la emergencia y a la posterior escritura de la teoría (Strauss & Corbin, 2002).

Análisis y resultados

A continuación se presentan los resultados de la investigación. El material que se expone ha sido organizado en tres ejes temáticos titulados, a saber, los procesos sociales de la situación calle, los significados de la experiencia del programa calle y, por último, el que lleva por título: hacer, sentir y pensar: evaluándose a sí mismos. Cada uno de estos ejes intenta alcanzar cada uno de los objetivos específicos informados anteriormente. Como se verá, el primer eje temático intenta alcanzar el primer objetivo específico dando cuenta de los aspectos relevantes de la trayectoria vital de los sujetos calle; asimismo, el segundo eje temático se interesa por analizar los significados que los sujetos de calle asocian a la experiencia de participación en el programa, de todo ello da testimonio el objetivo segundo; finalmente, el último eje temático se asocia al tercer objetivo que se interesa por conocer las formas de pensamientos, sentimientos y prácticas significativas sobre su pasado, presente y futuro, lo que no constituye sino un ejercicio de edición que realizan los sujetos calle sobre ellos mismo.

Con esto, es decir, aproximándonos al sujeto desde los objetivos anteriormente señalados, intentamos -lo que constituye un esfuerzo por alcanzar el objetivo general de esta investigación- conocer y analizar por medio de tres experiencias, las formas que se constituye el sujeto calle: la trayectoria de vida que busca relevar aquellos acontecimientos importantes de la vida del sujeto que son determinantes para asociar su existencia vital a la situación calle; el programa calle que intenta de un modo u otro construirlo y modelarlo de acuerdo a una cierta racionalidad y determinados objetivos, por último, acudimos a un ejercicio de reflexión en el cual ellos mismos, instalados como el objeto de su propia consideración, evalúan sus trayectorias, interrogan su presente y trazan su futuro.

I. Procesos sociales de la situación calle

Si se pudiera diseminar la historia de los sujetos, a modo de comprender las formas de vida que los constituyen en la actualidad, observaríamos la existencia de hitos o eventos significativos que, como bisagras, permiten el paso de una forma de vida a otra. Esos hitos narrados como acontecimientos vitales van constituyendo una trayectoria y son significados de variadas formas.

Sabemos que la vida y sus vicisitudes, presentes en su espacio familiar o social golpean y dejan huellas a menudo, por muy imperceptibles que sean, generan efectos, quiebran, y cuando no, van agrietando nuestras vidas. Son las huellas de la trayectoria de un sujeto en situación de calle, los que este capítulo queremos describir. Esta descripción informa sobre aquello que reconocemos surge a partir de la triada “crisis, droga y calle”, tres elementos que componen un proceso social compartido en los cuales se sitúa y enmarca la experiencia calle.

La crisis: “*Me arranque, me arranque, hace 25 años, deje a mi señora con 4 hijos*”

Con la trayectoria vital de los entrevistados damos cuenta de un elemento que hemos denominado conceptualmente la “crisis”. Describimos esta crisis como un hecho particular, un factor de quiebre en la vida de una persona que, además, es vivenciada como una experiencia que fuerza al individuo a reconsiderar en un plazo breve de tiempo el sentido de su vida. La crisis opera en este sentido como un acontecimiento que pone en tensión, en la medida que altera generando un desequilibrio en la relación del sujeto con su entorno.

Otra manera de observar la crisis, es en su relación con las etapas de los ciclos vitales del sujeto, desde el nacimiento hasta la vejez, cada cambio de ciclo estaría acompañado por un estrés que demanda a un sujeto concreto a superar el significado del paso de una edad a otra. Pero mirar la crisis en términos de estadios impide ver al sujeto y sus determinaciones históricas, en ese sentido nos interesa la historia de la crisis y la manera en que esta crisis es simbolizada por un sujeto antes que posicionar el ciclo vital como los responsables de los cambios.

Desde los relatos particulares esta “crisis” que precede y que cada sujeto vive de forma particular se presenta como un evento significativo, que conlleva una carga de tal

magnitud que excede la capacidad de simbolizarlo por parte de quien lo padece, en ocasiones debido a la ocurrencia de ciertas transgresiones que se dan en un espacio que en principio se asume seguro: “*sufrí mucha violencia familiar*” (Marco, 40 años); este un evento cargado de una energía negatividad que por fuerza supera al poder de la razón alterando la estabilidad del sujeto: “*uno se siente muy podrido*” (Marco, 40 años). Se trataría de un evento en la vida personal que es siempre crítico, y esto es debido a un contexto precario, en el cual se carecen de redes de apoyo, que no cuentan con estrategias y espacios donde poder desplegarlas, lo cual termina por resolverse de manera individual: “*decidí irme pa la calle*” (Marco, 40 años).

Pero la vivencia de la crisis no se significa de la misma forma para todos, esa experiencia esta entrelazada con los contextos sociales en que se desenvuelven. No es lo mismo, por ejemplo, contar un espacio familiar seguro, una red de apoyo que por más precaria que sea, seguirá operando y brindando soporte ante alguna circunstancia adversa:

“igual mi familia no estaba aquí, se fueron pal sur” (Renato, 36 años).

La crisis, narrado como un hito, es descrita con mucha carga emocional por parte del sujeto, es solo una parte de una serie de intentos por acceder a una cierta estabilidad que no puede ser alcanzada del todo, un proceso de largo alcance cuyos efectos sobre la vida pasa entre la dificultad por encarar la situación que se le presenta y la red familiar que no lo sostuvo y que pone en conflicto al sujeto:

“Mi hermano estaba metido en la vola, y más por él se fueron, tenía 17 años, por eso se fueron, estaba metiéndose en la pasta y pegándose saques. (Renato, 36 años)

El tema de la crisis no es que esta ocurra o no, más bien, es el afrontamiento que de ella hacemos, como se va significando, es lo que define finalmente como quedará inscrito y repercutirá de una u otra forma a lo largo de la vida. Dicho de otra manera, no es el acontecimiento como crisis, sino el modo en cómo ésta se vivencia. Mientras que para algunos se vive como un fracaso individual producto de desafortunadas decisiones: “*Llegue hasta 2 medio en la calle, de ahí me fui en pura falacia, pura calle*” (Renato, 36 años). En este proceso no son solo ellos mismo quienes se interpelan y cargan con lo que reconocen como malas decisiones, como es el caso de Luisa (48 años):

“yo me fui a dormir a la vega con el papá de mis hijos”.

La diferencia de las significaciones entorno a la crisis no es otra que la forma de cómo es traída una y otra vez a la historia de vida por parte de los sujetos. Existen ocasiones en que la interpelación no se dirige hacia las decisiones propias, sino a un otro que se erige como el causante de la crisis, por lo cual tal crisis cambia su matiz y pasa a ser significada como injusticia cuya fuente involucra a un otro:

“me hicieron una estafa, me engañaron me pasaron un papel, me hicieron firmar la venta de casa, no era de arriendo, me entiende”... “miré lo que pasa de que llegó una asistente y salió y me dijo que usted tiene que arrendar la casa me dijo porque si no va a perder su casa” (Alicia, 54 años).

Los relatos anteriores conducen al sujeto en una sola dirección, un camino directo a la resignación que se presenta y se vive como un modo de supervivencia que atrapa y deja al sujeto en total indefensión, sin posibilidad de maniobra y esa soledad producto de la carencia de redes de apoyo se va vivenciando con cierta angustia y cierto status de víctimas:

“ya se habían ido todos, y ahí yo quede loco, me sentí terrible solo, pero ya estaba en la volá” (Renato, 36 años)

Esas formas de subjetividad con las cuales se terminan constituyendo las biografías va produciendo efectos que terminan por atrapar, roer al sujeto erosionando los escasos y frágiles vínculos que lo sostienen: *“me arranque, me arranque, hace 25 años, deje a mi señora con 4 hijos”* (Lucas, 57 años). La crisis desde esta experiencia no es un hito que aparece de una vez y para siempre, es más parecido un estado de descomposición de los lazos, que se van agudizando mientras pasa el tiempo. Se vive desde afuera como un acto que irrumpe las vidas y cambio por completo el escenario familiar *“...un día mi mamá me dijo ahí está la puerta, si salí de la casa no vuelves a entrar más, y salí...”* (Renato, 36 años), pero sobre todo se vive desde adentro con la respuesta castigadora y autoexigente de la culpa la cual es significada como un peso sobre los sujetos se posicionará como un determinante imposible de superar.

La droga “Cambie Carne x Charqui”

Frente a este panorama doloroso e impregnado de soledad y angustia, aparece una línea de fuga, un punto de escape de esta situación, mediante formas que alteraran la

conciencia ya sea con el consumo de algún tipo de sustancia natural o sintética. A pesar que se trata de una experiencia particular de desconexión-conexión utilizada a veces con un medio de alcanzar un estado de trance ritual o como forma de embriagarse o, incluso, ligada a una experiencia recreativa, en el caso particular de los sujetos entrevistados aparece como una posibilidad de fuga de la realidad.

Los relatos de la experiencia de calle y su vinculación con la droga nos darán pistas sobre su uso y cómo esta, constituye un tipo sujeto que formará parte de un programa social. En ese sentido, leer los relatos de los sujetos y su relación con el consumo, nos va proporcionando un punto de inicio que formará una práctica particular, es decir, cómo el sujeto se logra vincular con la droga, como un paso lógico, pudiendo ser esta una invitación a la experiencia y que se expresa luego con quedar atrapado, metido:

“Me metí en la cuestión de la droga, de la pasta, de toa la wea, porque el papá de mis hijos se metió” (Luisa, 48 años)

Otras, relacionado con la experiencia de probar una sustancia distinta en una búsqueda frenética por alcanzar un estado deseado, pero que con el pasar del tiempo se sopesa de una forma negativa.

“Cambie carne por charqui...yo antes pura marihuana y empecé a fumar pasta” (Lucas, 57 años).

Y otra que va explicando el porqué del consumo, asociado a los problemas familiares o simplemente por ser parte del grupo con el que te identificas

“Fundamentalmente, no, no es una excusa, pero tenía igual algunos problemas familiares que influyeron, pero fundamentalmente, de mono nomás, con los amigos, quieres probar” (Renato, 36 años)

El relato que se hace sobre el consumo de droga y su comienzo es siempre un relato de cambio de estado que explicaría de forma coherente su vida en situación de calle. El relato del consumo se sitúa como algo que es incontrolable y comienza a gobernar la vida de los sujetos. Comienza como una experiencia placentera basada en una relación utilitaria que se va convirtiendo en otra cosa:

“se me fue haciendo un hábito po, yo me acuerdo cuando estaba acá en Santiago, tenía que conversar con Sonia, me gustaba mi trago mi dosis de cocaína y me quedaba en mi dormitorio me ponía a chatear con ella conversar” (Marco, 40 años)

También es la evasión de una serie de pesares cotidianos que sin el consumo resultaría más difícil aún la subsistencia:

“puedo estar pa la cagá de enfermo de dolor de cabeza o resfriado, y me vuelo... ese es el mejor remedio, cachai o no” (Renato, 36 años).

La mayoría de los relatos establecen que estar “metido en la droga” es un problema, sin embargo, sin droga en la calle es imposible vivir y por tanto es una práctica que permitiría convivir en un espacio donde los sentidos tienes que estar siempre en alerta y donde el hambre y el frío establecen que si de algo sirve la droga en esos contextos es para desconectar al sujeto de sus necesidades más básicas para hacer frente a la intemperancia en que se da la situación calle:

“me hice adicto a la pasta base eh, se me notaba físicamente mucho más delgado, después eh no podía trabajar porque me amanecía duraba una semana, un mes en un trabajo, no tenía tampoco la capacidad mental para poder desempeñarme bien en el trabajo y la necesidad de drogarme era más potente” (Marco, 40 años)

El relato sobre consumos y su carácter negativo se establece como algo rutinario, no es posible explicar al sujeto su situación calle sino fuera por el consumo y no sería posible explicar su consumo sino fuera por la situación calle, ambas experiencias, consumo y forma de vida están imbricados. Sin embargo, lo problemático de llevar esta forma de vida en donde esa relación consigo mismo queda desatendida aparece en el encuentro con la impresión de terceros:

“Pensaba todo el día en pura droga y no me preocupaba de vestirme andaba antes con ropa un poco más sucia, más desaliñado, mi vieja me decía cómo, eh no me acuerdo la palabra como ella me decía que parecía, así como espantapájaros, pero otra palabra que no recuerdo (Marco, 40 años)

El despreocuparse de sí mismo es la antesala de un desajuste mayor, que se vive desde la autoimagen y se hace visible en los cuerpos, pareciera que solo existiera una única

dimensión de sujeto, una que es organismo en estado puro que solo vive para saciar sus ganas de consumo: “Yo no podía, no podía controlar el vicio, lo que ganaba era puro vicio, no podía controlar mi vida (Luisa, 48 años)”;

la droga erosiona, en la medida que avanza el consumo, la idea de ser un sujeto autónomo, borra por lo pronto la experiencia de pensarse a largo plazo trazando proyectos de futuro distinto a la calle, con lo cual se pasa a vivir sin grandes atendiendo al momento presente pero no desde un bien estar sino como un presente lacerante del cual se pretende escapar:

“Igual tenía hartos problemas, y como para refugiarme en eso, la droga. Todavía estoy saliendo, aún estoy refugiándome, 24 años refugiándome jajaja” (Renato, 36 años)

El sujeto poco a poco va perdiendo grados de autonomía que impiden ser materializar sus proyectos y deseos personales, pero también los efectos de la droga -no el efecto momentáneo que provoca el consumo en su organismo- las consecuencias del consumo lo alejan de las personas y los momentos para ellos más significativas:

“me gustaba mis regalones con los niños, hacerle comida y lamentablemente bueno por andar drogado dejé de lado toda esa vida familiar (Marco, 40 años)

Esta experiencia de alejamiento y de anulación del sí mismo se repite una y otra vez en los relatos. La droga pareciera ser el vehículo para terminar, cuando no en la soledad de un ruco, deambulando por ahí sin ninguna consideración del tiempo y de un otro, en un acto repetitivo que trae goces inmediatos y placenteros, pero siempre limitados en el tiempo puesto que cuando el efecto de la droga acabo y se impone nuevamente la realidad sobreviene esa “caña moral” que aparece como un malestar:

“[la droga] me quita todos los dolores y después cuando se me pasa toda la vola me vuelve de nuevo el fastidio culiao” (Renato, 36 años).

Vivenciar el fastidio, saberse perdido y no poder despegar se transforma en un rito, una lucha diaria que se asume como un verdadero vía crucis.

La calle: “aquí no se duerme a guata pela”.

La calle, significada generalmente, como un espacio de tránsito, no puede ser vista como un lugar donde vivir. Pues en ella habita una lógica que a vistas de cualquier persona no puede ser un hogar, carente de intimidad y seguridad, la calle se vuelve fría y peligrosa:

“Ahí había una ruca, pero llegaban los “weones” que robaban, nos llegaban a paquear” (Lucas, 57 años)

Vivir en esas condiciones requiere de un estado de alerta constante, en ese sentido, lo que no es propio – la calle- , es siempre un espacio en conflicto, tanto para ellos así como para las instituciones formales que administran los territorios que no cuentan con una política orientada a la superación de la situación de calle: *“vienen los de la muni y me sacan, me llevan todo”* (Renato, 36 años). Para los individuos en situación de calle, la calle le sirve como morada cuando no hay otra posibilidad, ésta deviene también un espacio en tensión:

“vivir de la calle es dormir, con permiso tuyo, con el sable debajo de la ropa, porque aquí se duerme a guata pela” (Luisa, 48 años)

Sobrevivir en los márgenes de lo social es complejo, requiere de una cartografía especial del territorio, una que te muestre los sitios en donde conseguir alimento y en ocasiones abrigo, y que eso pueda ser traducido en un aprendizaje para los que experimentan la situación, es lo que denominan ‘la ruta de la cuchara’ : *“hay comida en Mapocho, a veces hay comida los días sábados en la iglesia evangélica, en la noche en la el hospital Barros Luco te llegan a regalar comida”* (Marco, 40 años); los sitios donde les permiten pasar la noche si es que el mal tiempo acecha: *“en la urgencia o la maternidad”* ; los buenos sitios, los sitios de trabajo o de actividades que permita obtener dinero o cosas para la subsistencia:

“Me pongo a lavar autos, voy a las casas para Maipú cerrillos a pedir mercaderías y cosas así” (Renato, 36 años).

Vivir la calle es estrategia pura, no hay espacio para el descuido, siempre se tiene que estar en alerta, algunos la viven en movimiento constante, donde los pille la noche, sin echar raíces y en la invisibilidad más dura, sin fijarse a un espacio determinado: *“no, nunca fui de esa onda siempre caminaba, caminaba harto”* (Marco, 40 años). Otros en cambio se establecen bajo una pasarela o una plaza: *“Igual tuve un ruco en la habana, abajo de la*

pasarela, después tuve uno aquí en el peladero, después viví en otro ruco con el Luca y media” (Renato, 36 años). El establecimiento o no, en algún sitio determinado tiene que ver con la historia de cada sujeto, si bien se vive desarraigado de redes (formales, informales, familiares) no ocurre esa desvinculación con el territorio, que suele coincidir con los mismos parajes de socialización temprana del sujeto:

“ahí donde duermo cuando no voy para la casa (Lucas hace referencia a la línea del tren) duermo dentro del negocio, pero cuando tengo que ir a buscar recursos tarde, para no despertar a mi hermana, mi bulto lo dejo guardao’ frente de los pacos, en el poste, a mí me conocen acá” (Lucas, 57 años)

Ser parte del lugar hace viable y permisible la situación calle, cierta naturalización de su estar-ahí es vivido como una experiencia identitaria con el lugar y en donde se pueden ir resolviendo ciertas necesidades básicas con el auxilio de algunos miembros de la comunidad:

“Hay vecinas que nos dan comidas, que nos llaman para ir a comer y a veces nos calientan la comida, a veces nos retan porque no vamos a buscar la comida” (Renato, 36 años).

La otra cara de la moneda es la violencia. Es importante sostenerlo, vivir en la calle es violento, no es solo nos referimos a una violencia estructural cuya carencia de recursos es la condición de posibilidad para llegar a la calle, también existe el peligro de una violencia latente a la práctica de la sobrevivencia, donde el más “choro” resulta ser quien mantiene el control de su pequeño territorio: *“los weones de la población venía a robar las rejas y yo les decía oye giles culiao roben pa’ allá”* (Lucas, 57 años). Esa violencia como estrategia de sobrevivencia que es aceptada sin más reflexión se hace cuerpo en los sujetos, sus movimientos, así como sus formas de vincularse, están mediadas por la aspereza de actuar como el dueño o dueña de los espacios y de hacer respetar un mínimo de normas:

“el otro día me puse a pelear con un weon, me pegaron un camotazo en la cabeza, me quebró todo, eran varios, como siete weones que le estaban tirando piedras al ruco, y salí y me pusieron un camotazo en la cabeza y me dejaron ciego wn, abrí los ojos y no veía nada, estuve como 5 segundos así... ahí sí que yo cooperé poh weon, por pasar en la calle. (Renato, 36 años)

Si bien, la construcción del sujeto de calle se hace sobre la dinámica de la “viveza” y la “choreza” a la hora de evaluar su experiencia de vivir en la calle, ésta se siente como un relato de culpa, las cosas que le pasan a los sujetos es porque viven de esa forma y desde esa perspectiva la resignación es la forma que sustenta los efectos de ser de calle. La violencia en ese sentido solo es una práctica de superficie, en la profundidad están todos los miedos, todos los fracasos, todas las frustraciones que impiden escapar a ella.

Vivir la calle es vivir el día, no hay espacio para un proyecto, solo para la repetición y la emergencia, la rutina es hacer plata para comprarse lo mínimo porque no hay esperanza ni energías para visualizar una remota posibilidad de salida: *“te vai hundiendo, con permiso tuyo, te da la misma wea, si tení tení, si no tení no tení, mientras tengai pa tu vicio no te importa ni una wea más”* (Luisa, 48 años). Lo justo, lo inmediato, la rutina callejera pasa por despojarse del largo plazo, la idea es salvarse, resolver en corto tiempo las prioridades que me demanda mi organismo, alimentación o consumo. En la calle hay poco espacio para el sujeto o, dicho de otro modo, la calle construye un sujeto que no se organiza en tornos a sueños, proyectos, sino más bien uno que esta, lisa y llanamente, sobreviviendo: *“así tenemos que hacerlo siempre, para comer, vivir, drogarse. Así vivimos el día a día, haciendo plata pal alcohol, y pa la comida”* (Renato, 36 años). Sobrevivir es la clave en una realidad que no te permite otro modo, va constituyendo un tipo de sujeto que se cobija en la inmediatez: *“sobrevivir es poder, cuando tenís hambre o necesitái algo, buscarlo o pedirlo, no robarlo, sino pedirlo, andar machetiando, si querí una moneda, si querí algo pa comer, en algún restaurant: señora, disculpe, ¿tiene algo que me regale pa’ comer’, eso es sobrevivir en la calle”* (Luisa, 48 años). La calle no permite un proyecto, solo permite resistencia y ahí el sujeto solo repite sus actos no crea una posibilidad nueva, no se vive ni se piensa como otro.

II. Los significados de la experiencia del programa calle.

En este apartado se pretende dar a conocer la experiencia de intervención que forma parte del recorrido de la experiencia calle. De la vinculación existente entre los participantes del programa y la lógica que presenta el dispositivo, se pretende rescatar los elementos que más significativo de un espacio que codifica bajo sus propios criterios a quienes por un periodo de dos años serán parte de una población intervenida. Se presenta lo normativo como algo problemático por parte de los entrevistados y también los afectos como movilizador de objetivos. Además, se problematiza la institucionalización de la vida, una experiencia particular que impide a los sujetos poder pensar un proyecto de vida más allá de los dispositivos.

Ser parte de un programa social significa en primer lugar ser pensado por otros, opera por tanto a través de una serie de criterios que configuran un ser elegible dictaminados de ante mano, es decir, un sujeto que, producto de su situación particular es parte de una cobertura y de una serie de criterios a los cuales se verá enfrentado.

El programa de apoyo para personas en situación calle no es distinto en ese marco, sin embargo, ante la dificultad de trabajar con sujetos excluidos realiza pesquisas para dar forma a la cobertura, muy distinto a otros programas donde los sujetos se inscriben y van en búsqueda de algún beneficio estatal que les atienda su necesidad concreta.

La llegada al programa es el hito que marca el inicio de una experiencia particular, es quizás la primera y única red formal que pueda de algún modo ser esa soga de auxilio que permita aferrarse ante la pauperización completa de sujetos que se encuentran en el límite de social. El siguiente análisis busca establecer cuáles son los significados que otorgan los sujetos a su experiencia de intervención.

Luisa, 48 años *“si querí querí, si no querí, no querí”*

La llegada al programa siempre se ve con cierta lejanía y desconfianza, aparecen profesionales con una serie de documentos y presentan las bondades de estar en el programa calle, se asume un compromiso que quizás no todos los sujetos estén en condiciones de aceptar. La idea de obligación aparece como un primer elemento normativo que tensiona la relación, un contrato vincular que puede ser causa de fracaso antes de empezar, por tanto, el

cómo, la manera en que es recibido por los sujetos da pie para la continuación o no de las visitas:

“la cuestión es que él vino, vino a entrevistar al Palta, y ahí me presentaron a mí y yo me enganche con ellos y me pusieron en el programa, pero fue bueno porque no fue una cosa, así como queriendo decir, teni que venir “

El sentirse cómodo, y no cuestionado por su vida en calle pareciera ser un elemento significativo por los sujetos, escapa incluso al marco lógico de un programa, los sujetos se vinculan más de un sentirse aceptado, más que por sentirse parte de una población que requiere ayuda. Desde ese escenario la forma de gobierno que se ejerce proviene en gran medida de los afectos.

“pero me gustó a mí la idea, yo el primer día que fui también, fue bonito, fui bien recibida, todos me aceptaron muy bien, a mí me costó sí, me costó sentarme y ponerme a conversar”

La comodidad y sentirse reconocido por otro pareciera ser una parte esencial del inicio y lo es en tanto constituye la posibilidad de un vínculo. Ese elemento es lo que permite al sujeto poder acceder a los deseos de otro, en este caso al gestor de programa, se comienza con la configuración del reconocimiento de un espacio que protege, la palabra, acepta la historia y te propone un contexto que difiere con la realidad que se vive a diario:

“la primera vez que fui en realidad me sentí rara, después ya como que me fui adaptando me empezó a gustar porque había cosas que tu podías hacer, temas que podías hablar, temas que si quería conversar lo conversaba, pero había cosas que siempre hacia ahí y era diferente de estar en la calle todo el día weviando, todo el día”

Romper la monotonía de la vida en calle es un elemento necesario para acceder. No aparece como una demanda concreta, más bien se trata de un descubrimiento que va significando el sujeto. No es una lógica establecida como estrategia por parte de la intervención, sino que es parte del encuentro de dos experiencias de mundos diferentes que se encuentran a propósito de un programa que los vincula.

“Estabai ocupa, no estabai metia aquí en la plaza tomando, pa que es la cosa, si aquí en la plaza es tomar y a carretear no más, nada más”

El programa puede conectar con redes, por ejemplo Fosís, una forma de salida de la situación calle mediante el financiamiento de un emprendimiento particular. Sin embargo, la importancia que le adosan los sujetos van más allá de esos elementos que a todas luces son necesarios para los participantes, pero el hecho de estar al margen vuelve más necesario los actos de preocupación y afectos.

“cuando salió la cuestión del Fosis, siempre estuvieron conmigo, siempre me acompañaron, siempre me acompañaban a mí”

La importancia del programa para los sujetos radica en la sinceridad del vínculo, datos que no son parte de evaluaciones y que sobre todo para una política pública no son medibles. Las carencias de afectos y relaciones duraderas en sus vidas convierten este vínculo en uno significativos. De ahí que, más que las dimensiones a trabajar como una escala de necesidades de acuerdo al programa, lo que valoran los sujetos son las ayudas y el apoyo brindados en ciertos momentos de su experiencia: *“Fíjate que estaba recordando cuando murió mi hermano, fueron ustedes, también fueron del programa al velorio”*. O lo mismo, en la medida que vincula el programa con la modificación de algún comportamiento o rasgo del carácter que antes reconocían como negativo:

“a mí, me cambio una pura cosa, que no me arrepiento nunca, no me voy a arrepentir tampoco, cambiar mi genio, mi genio y mi personalidad, porque de repente mi personalidad era como muy agresiva, claro, con mucha rabia”

El significado que le otorgan a su experiencia es vivenciado sobre las ayudas materiales y concretas, la ganancia del sujeto opera sobre elementos psicológicos y de comportamientos, eso sigue afianzando el afecto como un elemento distintivo, el gobierno del afecto es el que produce cambios en el sujeto o por lo menos instaura un poder sobre un otro para poder acceder a esa experiencia.

Lucas, 58 años *“te encuentras a personas que lo hacen de corazón”*

El interés que puede mostrar un otro sobre un sujeto que ha vivido la exclusión es la condición de posibilidad para afianzar el vínculo. Parte como una relación instrumental, es

decir, el gestor necesita del participante para intervenir sobre su vida. Sin embargo, el interés del participante sobre la intervención no es algo dado, sino un elemento sobre el cual se tiene que trabajar. Esa sola condición, vale decir, que el sujeto en situación de calle sea buscado y esperado incluso adaptándose a sus tiempos marca un antes y un después que es valorado por el participante:

“Lo más rescatable es que te encuentras a personas que lo hacen de corazón, buscan a las personas que se preocupan, siempre preguntan por uno, donde está, si lo ha visto. Andan preocupado, lo hacen por amor, les nace. Carlos por ejemplo es clase”.

Esa valoración permite que su vida por un segmento de tiempo pueda ser guiada sobre múltiples dimensiones. Sin embargo, sobre sujetos a los que siempre se les ha negado todo, la que surja cierta desconfianza es siempre es una posibilidad presente:

“Yo era medio reacio, de a poco me fui enamorando de este (apunta a Carlos), la forma de comunicación y que el tipo es clase fue lo que hizo confiar, ese trato me dignificó.”

La negación del sujeto en situación de calle es el común denominador, esa negación erosiona la confianza sobre cualquier relación, más aún si es el Estado el que se presenta en búsqueda de un sujeto para poder intervenirlo. Pero el vínculo que es lo más significativo para el participante se tiene que ganar y se trabaja para eso. La desconfianza en primera instancia se transforma en cumplimiento, si el sujeto nota preocupación, luego tendrá una deuda que se vuelve un compromiso al cual no se puede fallar. Esa es una responsabilidad sobre la cual ambos, interventor e intervenido, se afectan mutuamente:

“siempre estaba de punto fijo, me iba en bicicleta, las primeras veces me iba a buscar el Carlos. Cuando a veces me venía a buscar y yo ya estaba allá”

La forma de describir la responsabilidad por un otro que finalmente se transforma en responsabilidad por un mismo es relatada como un logro y éxito personal que para quién ha visto pasar su vida como una caída sin fondo; que se le reconozca y se le premie por su esfuerzo no podría ser significado de otra forma sino como un milagro o una estrategia para seguir sobreviviendo:

“Me dije el de arriba me mando a alguien, pensando en mí. Y empecé a buscar el modo para no “morir pato” Me dio la posibilidad del Fosis, una manera de aporte económico y si uno mira cuantos como yo pueden optar, así como drogadicto y de calle máximo dos. Entonces en estos momentos, tengo herramientas de trabajo, tengo mi dentadura”

La referencia que se realiza sobre el programa suele estar teñido de agradecimientos, como si el participante solo se dejara llevar por la velocidad del programa, sin embargo, no solo hay estructura que permita eso, sobre todo hay agencia, un quehacer que se relaciona con el hecho de establecer cuáles son sus reales posibilidades y cuáles son sus límites respecto de las normas del programa:

“si no puedes con ellos únete, pero no te sometas. Tengo mis reglas, mis tiempos. Y someterte es como si te tuvieran de marioneta. “Hacela pa’ allá, hacela pa’ ca”

Renato, 36 años “al final uno iba pa ver si podías rescatar la plata cachay, era pa cobrar el beneficio nomás”

El bono, el beneficio en dinero, es una forma de relación que se asienta sobre los participantes y el programa, un enganche que permite la continuidad. La plata mensual moviliza al sujeto muchas veces ante una intervención que se le aparece muy lejana en primera instancia. Luego ese parecer se va disipando y se confronta con otras formas de relación que se repite de participante a participante:

“Pensaba que era puro webeo nomás, si al final uno iba pa ver si podías rescatar la plata cachay, era pa cobrar el beneficio nomás, pero después con el tiempo igual me fue gustando cachay o no, después uno decía, puta deberían venir luego”

La relación que algunos sujetos establecen con el programa son de variadas formas, el bono, la vinculación desde el afecto, o una relación situada desde la beneficencia, lo cual es comprensible pensando en sujetos que no tienen resueltas las necesidades básicas:

“Pero rescato mucho la experiencia, me ayudaron caleta, con la cuestión del carné, cuenta Rut, y cuando los perdía volvían a venir, en la mañana llegaban con tecito”

Esa forma de vinculación establece una relación recíproca donde se siente una responsabilidad hacia el programa. Desde ese compromiso instrumental surge la necesidad de no fallarle no tanto al programa sino al gestor que se presenta en su representación:

“igual era bacán poh cachay o no, de repente igual uno andabais cagado de hambre y llegaban [los gestores] así con sus sandwichs y uno decía bacán, aparte que también te enseñan caleta, como te digo, ayudan harto, a mí me han ayudado caleta”

La responsabilidad para con el gestor, la vinculación desde la caridad como primer punto es leído desde los participantes como un deber, la idea es no fallar, pero no porque se quiera lograr el objetivo, sino por no dejar esperando al gestor.

Marco, 40 años *“En el programa me sentí más seguro, comfortable”*

La cobertura del programa calle se realiza en terreno, es decir se va en búsqueda de los sujetos en situación de calle y mediante una serie de instrumentos se realiza el filtro para seleccionar entre quienes pueden ser parte y los que no. Sin embargo, a veces sucede lo contrario, esto tiene que ver la cronicidad de la situación o quizás mayores conocimientos sobre las instituciones formales. En ese caso hay sujetos que buscan ser parte del programa, se trata generalmente de sujetos que llevan poco tiempo y que además poseen ciertas herramientas para solicitar ayuda:

“le expliqué la situación que estaba sin documentación que quería ver trabajo y me dijeron que no podía sin carnet de identidad, también le expliqué que estaba en situación de calle, que estaba viviendo hace un par de meses y que quería buscar trabajo porque ya quería cambiar mi realidad de ahí ella me contactó y me dio la dirección para venir a CIDETS”

Desde la perspectiva del sujeto que busca modificar su realidad, un sujeto agente, se establece un camino con objetivos más claros, pudiendo ser estos interrumpir el consumo por ejemplo o buscar un trabajo que le permita cierto grado de estabilidad:

“En el programa me sentí más seguro, comfortable, los monitores, más bien, solidarios, cariñosos eh y eso me instó a seguir viniendo porque era un espacio como de confort”

La dureza de la calle cambia por la confianza de los lazos que se van recobrando, nuevamente aparece el afecto como algo que moviliza al sujeto en situación calle, que con objetivos claros puede generar procesos en corto tiempo.

“Con el programa vi la posibilidad ya de poder desprenderme de la droga”

A diferencia de las entrevistas anteriores lo que se expresa en este relato es la capacidad del sujeto de ser agente, es decir utilizar el dispositivo para resolver ciertas problemáticas que el mismo sujeto evalúa como el principal factor de su situación calle. El tocar fondo y además tener nociones donde poder pedir ayuda, establecen un trayecto, no lleno de dificultad por cierto, pero más fluido entre los intereses particulares del participante y del programa.

Alicia, 54 años: *“Quedé sin trabajo y ahí me fui ya me tuve que ir”.*

Ser parte de una población que finalmente termina circunscrita a una política pública particular establece formas de vinculación, hemos visto el tema del afecto, como uno de los principales movilizadores, el tema del control como un obstaculizador. Sin embargo, dentro de la forma de vinculación aparece otra forma que posibilita la emergencia de una subjetividad vinculada con los dispositivos. Nos referimos al fenómeno de la institucionalización, es decir, la trayectoria que vive un sujeto dentro de un determinado programa más allá del tiempo de intervención, pasando de un programa a otro. Desde esa mirada la apropiación de los espacios, de los roles, es lo significativo de la relación del participante y el programa. Esa significación establece una relación de soporte continuo que permite resolver entre otras cosas, el techo y el alimento, pero también puede perpetuar la situación, sobre todo por los elementos emocionales en juego

“Yo he estado en casi todos los dispositivos del programa calle, Casas compartidas, Residencias yo vengo de SEDEJ. Mire yo después que me cambió todo el sistema, yo me fui a casas compartidas, y también estuve en el guerrillero, si porque de ahí de cuando yo ya no tuve posibilidad de mi casa, no tenía más trabajo ahí, cambió todo el sistema del hospital, entonces ya no había trabajo para mí, entonces yo hablé con la asistente social y me fui”.

El haber pasado por una serie de dispositivos va transformando la forma en que el sujeto se percibe a sí mismo. En el caso no haber pasado por una experiencia de calle dura, es decir haber pernoctado en calle o construirse un ruco, dificulta, a primeras, reconocerse como tal, todo ello a pesar de ser parte del programa:

“yo tenía un muy buen trabajo, yo andaba muy arreglada, yo no comía ahí [en referencia al dispositivo de alojamiento], yo no tomaba desayuno, no tenía para qué estar comiendo ahí entiende, era yo hacía mi vida independiente”

La resolución del techo, que es uno de los elementos que están en discusión en la política de calle, proporciona una mirada distinta sobre los procesos, esa mirada más que corresponder a los equipos, es la idea que tienen los propios sujetos sobre su experiencia en el programa:

“Quedé sin trabajo y ahí me fui ya me tuve que ir, me quedaba un resto de plata y fui a Moviliza, ahí en Moviliza estuve como dos años que era como mi casa, me tenían regalona”.

El relato de “regalona” del espacio considerando por tal cierto apego y familiaridad con el espacio como si fuere su casa corresponde a un elemento emocional que proporciona cierta identidad y ganas de seguir ahí. El afecto por el afecto termina colocándose como una forma de control sobre las vidas. La ansiada autonomía del “yo hacía mi vida independiente” se transgrede para ser parte constitutiva de los dispositivos, la pregunta es ¿se podrá pensar una vida fuera de ahí?

III. Hacer, sentir y pensar: evaluándose a sí mismo

En este apartado, no proponemos objetivar aquellos esfuerzos individuales a través de los cuales los sujetos se ponen en la tarea de comprenderse y evaluarse a sí mismos en tanto seres históricos, vale decir, en tanto seres que han sido sujetos de una experiencia inscrita en un lugar y un tiempo definido.

Asimismo, constituye un esfuerzo por describir las formas de elaboración que los sujetos realizan sobre sí mismos, que es producto igualmente del esfuerzo por recrear un

pasado editándolo, vale decir, omitiendo ciertos hechos o subrayando otros, para de esa forma asignarle un sentido a su historia y a las vicisitudes que han debido sobrellevar. No pretende ser un simple ejercicio de documentar ciertos hechos de su biografía para hacer con ellos un retrato fiel y coherente de sus trayectorias, o en su defecto, para denunciar algunos aspectos que pudieran resultarle ajenos. Es, si se quiere, una reflexión que hace volver el pensamiento hacia los eventos del pasado que principian en la construcción del sujeto, pero también es la evaluación que ellos mismos construyen de esos acontecimientos, y que por eso mismo decimos, resultan significativos. Es la manera, haciendo eco de las palabras de M. Foucault, y en que dicha reflexión constituye el medio a través del cual los sujetos son llevados a prestar atención hacia ellos mismos.

Sabemos, sin embargo, que el sujeto humano no está constituido simplemente por los eventos pasados. Ciertamente es que de éste no podemos escapar del todo, pero eso no quiere decir que aquello que ya ocurrió nos determina por completo. El futuro, pues, pensado como ese momento en que habita un ser posible, ya sea como proyecto, ya sea como deseo, es tributario del pasado pero ciertamente hasta cierto punto. El sujeto humano es, conforme a lo que enseña el psicoanálisis, un ser aguijoneado por la carencia, uno que no está siempre conforme ni satisfecho del todo, y en esa condición, en esa falta, que el sujeto se permite albergar posibilidades que todavía no se realizan. Todo ello, pasado, presente y futuro, son partes constitutivas del sujeto humano.

En lo que respecta del análisis propiamente tal, si bien es posible llegado a este punto referir a situaciones similares, no sería apropiado hablar de condiciones estructurales, pues, los puntos de vista que se esbozan producen cada uno de ellos representaciones particulares de los sujetos y sus trayectorias. En definitiva, aquí se dibujan los trazos de aquellos momentos que fueron importantes, y el horizonte que posibilitan, los que en todo caso no están siempre presentes en un mismo relato.

Renato: *“En unos años más me veo muerto. Sí weon, la pulenta”.*

Renato, cuando evalúa su trayectoria, articula y otorga coherencia a sucesos a partir de la idea que los mismos llevan el signo de la situación actual. En este despliegue de sucesos que nos ofrece lo novedoso aparece cuando da cuenta de la posición que ocupa en ese entramado, pues lo hace ubicándose no en una posición pasiva, puesto que no es que simplemente le suceden las cosas ni que tales circunstancias que le aquejaron de ahí en más

le sobrevinieron como una fatalidad. En realidad no hay nada de eso, pues, y aunque quizás con cierta resignación, lo que existe es un grado de responsabilidad respecto de la situación actual, con lo cual se instala no como un mero espectador sino como uno que es capaz de inyectar cierta dosis de voluntad, de participación y en último término de compromiso con en ese juego a través del cual ha operado esa conversión que lo ha llevado a transformarse desde el niño y joven que fue, al adulto que es hoy, de cuya identidad está fuertemente asociada a la calle: *“es que igual uno se la busco cachay, porque uno andaba haciendo weas”*. Pero sería desproporcionado señalar esta disposición como si de una adhesión voluntaria se tratase, o como una decisión que habría estado ajena a las circunstancias que en ese entonces se presentaron, mucho menos un compromiso consciente y deliberado, pues sabemos que la inversión, digámoslo así, o el boleto para hacer el ingreso a la calle, no está dada ni mucho menos por la consecuencia de una serie de eventos sucesivos ni es una respuesta a una tradición familiar, pasa más bien por una cuestión a la cual se debió echar mano para sobrellevar una exigencia práctica como fue el consumo de droga. En cualquier caso, lo que hay es el reconocimiento de un hecho, una cierta disposición del ánimo, el cual es significado como un eslabón más en la cadena de la necesidad que anuncia un destino que ya conoce.

Pero no es todo fatalidad en la vida de calle, a pesar de la dureza y la entereza que requiere vivir conforme a ella, también traen consigo momentos y experiencias gratos. Los que recuerda con especial significación no son aquellos que tienen lugar en la relación familiar de la pareja, es decir, no está mediado por la relación con su pareja Cristina, ni derivan del convivir cotidiano (*“normalmente hemos estamos los dos solos sí”*), los momentos que atesoran no se encuentran en ese patrón de comportamiento definido por las costumbre y el hábito, pues son siempre momentos excepcionales y provienen desde la posibilidad que brinda la acción de los otros:

“Hay momentos bacanes, sobre todo para las fiestas, los años nuevos...porque para los años nuevos llegan los vecinos y nos traen cenas, platos con bebida y todo eso es bacán poh weon. De repente uno está ahí y llegan los vecinos y te dicen tomen chiquillo, feliz año nuevo y traen el manso plato, de repente nos vemos con cualquier comida, más que la demás gente, incluso de repente pasa un amigo y los llamamos así para que venga a comer cachai. Igual han sido hay momentos buenos y momentos malos, como en casa como en calle”

Lo relevante del pasaje destacado es que ello resulta doblemente satisfactorio, pues a la vez que expresan la consideración de su comunidad al asistir en socorro de él y su pareja en fechas festivas, tales gestos son vistos como una sanción positiva a su comportamiento, una sanción que convierte en referencia útil para interpretarse a sí mismo en su ser histórico:

“de repente uno se da cuenta que uno no ha sido tan malo...si igual la gente le tiene cariño a uno”.

En referencia a un futuro inmediato, nos trae una imagen que es coherente con esa cadena de eventos que lo anteceden, una en donde no se describen grandes anhelos, tampoco en la que nos informa de la presencia de deseos de materializar proyectos o cumplir ciertas metas, no hay siquiera una remota esperanza de un mundo nuevo, lo que hay es una horizonte en la que solo cabe la muerte. Pero ésta se representa de una manera tal que se adapta objetivamente a lo que ha sido su trayectoria vital, una en que el consumo de drogas, así como la ausencia de una ética consigo mismo que se traduce en la falta de cuidados, ha sido el camino que lo ha conducido a su propia destrucción.

En unos años más me veo muerto. Sí, weon, la pulenta. Si ya estoy pa' la cagá del pulmón, tengo una wea en el pulmón, tienen que extirparme el pulmón porque tengo infección en la base del pulmón, y yo cacho que ya no tengo infección en la base sino que tengo el pulmón infectado ya. Hace unos años, estuve tres días hospitalizado, y ahora de repente... esto es relativo, ahora puedo estar bien y en la noche me viene el dolor, y ese dolor me deja pa' la cagá, no puedo toser ni nada, después me vuelve el dolor, después de unos meses. Pero me aguanto el dolor, pero igual me sigo volando. Pero es un dolor que no se lo doy a nadie, es desesperante, yo creo que es más doloroso que el dolor de muela y el de oídos, es una wea que no me deja mover el cuerpo, son como cuchillazos en la espalda, la Cristina queda pa la caga.

Por eso, quizás, la imagen de la muerte no comporta un sentido trágico por la razón que constituye parte del mundo que se ha instituido a lo largo de su vida, y en el que convive, desde luego, cotidianamente. Es, al fin y al cabo, la de Renato, una descripción con un fuerte componente teleológico, en el sentido que se significa a la muerte como una regularidad que

es inherente a las condiciones de la vida en calle, una vida cuyo fin se actualiza permanentemente sobre aquellos sujetos que pertenecen a la calle.

“Todos mis amigos se han muerto, aquí al lado, en el barrio chino, se han muerto de esa wea de la pulmonía, la neumonía, otros atropellados weon. Un amiguito mío creo que iba cruzando caminando por Vespucio y se le cae el gorro y se vuelve a recogerlo y justo viene un camión weon y pafff, estuvo dos meses en el hospital y se murió, el chanfle, que sacaba camiones de ahí en Vespucio, es el hermano del cigarro, los dos iban junto con el cantante y el negro al programa. Cuando me contaron que había muerto el chanfle yo quedé loco, me contó la cata, la Brasil, ella también es mi amiga. Hay varios cabros que se han muerto...yo voy pa' allá”.

Marco: *“¿a qué vine al mundo dije yo, vine a terminar de estar forma?”.*

Pero no siempre la vida en calle termina evaluándose como un evento que puede ser entendido a partir de una cierta disposición del ánimo y de la conducta o como uno al cual le antecede otro que es, a su vez, capaz de explicarlo. De hecho, en ocasiones puede ser asumido con cierta extrañeza, sobre todo cuando en la vida que antecede no hay vestigios de las carencias materiales y de la marginalidad con que uno acostumbra a hallar en esas circunstancias y, contrariamente a esa situación, se aprecia y se reconoce una vida que ha podido ser integrada plenamente a la vida social en ámbitos cuya exigencia y sujeción reclaman grandes cantidades de energía y, desde luego, la plena voluntad del individuo. En tales circunstancias la razón se vuelve muda e incapaz de ofrecer una justificación que explique el hecho de llevar una vida tal que expone al individuo que la vive a situaciones que pueden infringir tanto al espíritu como al cuerpo “mucho dolor”: *“haciendo la reflexión a esos días de lucidez, haber estudiado dos carreras digo yo, haber tenido trabajo y pareja...para terminar viviendo así, botado en la calle”*. Puesto que el abismo que existe a consecuencia de ese quiebre es de tal magnitud, o lo que es igual decir, del momento en que una trayectoria inicial no es capaz de anticipar a la otra, incluso cuando se está mejor equipado y se cuenta con herramientas que no abundan en los demás miembros de la comunidad en la que se convive y que se exponen a una situación similar (*“yo tenía por lo menos un bagaje cultural un poquito más desarrollado”*), ese momento de abatimiento se vuelve un callejón sin salida, en el cual el trabajo de análisis consigo mismo resulta insuficiente que encontrar

esa línea de fuga que permita modificar la situación, por lo que no queda más alternativa que recurrir a la voluntad de un agente exterior que lo haga posible:

“espiritualmente estaba destruido entonces un día le dije a Dios que ya estaba aburrido de esta vida, o que me llevara o me cambiara la vida, que me mostrara el camino, que me diera inteligencia, sabiduría para poder...eh... tomar buenas decisiones... y na poh yo quería ese momento puro morirme, que me atropellaran, quería...eh...no le encontraba mucho sentido estar así”

El resultado de la incapacidad de tomar el control de su vida y el deseo de disponer un cambio, se instala en una situación límite, el anhelo, por un lado, de modificarse en su ser y, por otro, el de la desaparición completa (“le dije a dios...que me llevará o me cambiara la vida”). Como sea, y a pesar que la brecha entre la trayectoria y la situación actual no logra ser simbolizada satisfactoriamente y sigue permanentemente aguijoneando la subjetividad, el entendimiento se esfuerza para intentar captar aquello que se le niega a primera vista, estos es, el sentido de la situación, que es, igualmente, el sentido de su vida.

“¿a qué vine al mundo dije yo, vine a terminar de estar forma?”. No creo que haya venido al mundo a estudiar y después terminar botao en la calle (...), haber tenido aprendido tanto conocimiento académico (...) y terminar botao en la calle no lo considero justo dije yo pa’ mi vida, no, no es justo.

El sentido podrá discernirse por medio de la distinción entre la voluntad personal respecto de las posibilidades que ofrece el sistema social. Sin embargo, una situación justa parece ser aquella situación en la que existe una fuerte afinidad entre el esfuerzo personal y la voluntad del ánimo y las posibilidades que ofrece un campo social. Precisamente para dar cuenta de esta inadecuación, de esta situación injusta, propone distinguir entre aquellas elecciones por las cuales los sujetos deben ser responsabilizados: “la droga también puede ser una opción personal”, y las circunstancias que deben ser consideradas relevantes desde un punto de vista social.

“al estado le importa un carajo, le importa un carajo de que la gente esté metida en las drogas, siempre hay campañas antidrogas, (...) pero yo lo veo desde ese punto de vista que es tema de dominación social porque eh... se necesitan pobres en este país para que la gente que dirige y gobierne tenga plata”

De la consideración y la tensión entre las determinaciones personal y social, el sentido, entonces, parece obtenerlo por el resultado de este enfrentamiento, en el cual la primera determinación, la personal, termina cediendo y subordinándose frente a la fuerza de la segunda, lo social. Pues, al introducir un tipo de relación entre estos dos elementos, piensa su voluntad personal como un elemento más, ya no el único, de un sistema social que se compone en conjunto con las determinaciones estructurales; y de la relación y jerarquía que establece este sistema social, el primer elemento, la voluntad personal (el consumo de droga), obtiene su función y su sentido (el de la dominación social).

Por esa razón, resulta plausible que frente a una situación posterior en la que debe fijarse, aunque sea de manera hipotética, una determinada forma de ser, su anhelo no sea otro que el de escapar a esta fuerza *-que supone la droga-* cuyo efecto es, entre otros, la pérdida sobre el control de su conducta, para lo cual requiere elaborarse nuevamente a sí mismo pero ahora bajo un código de autocuidado según el cual el consumo de dichas sustancias debe ser evitado. Todo ello para alcanzar un estado de autonomía a través del cual busca pretendidamente mejorar su vida y la de sus cercanos, y, desde luego, conforme a su formación de historiador, dejar testimonio de aquello.

“ quiero autonomía, es lo que necesito en primer lugar, va por un tema ya de autocontrol, ya no ser esclavo más de la droga, ser responsables de mí mismo, de mis decisiones, de que no afecten a otras personas, a terceros”

“me encantaría volver a hacer clases, terminar mi carrera de historia, hacer clases y contar un testimonio bonito de que es capaz, de que uno se puede superar a pesar de todas las dificultades que se pone en la vida”

Lucas: “Podría haber sido lo que quisiera, pero un conocido me presentó la droga”

En el caso de Lucas, encontramos con un proceso similar al anterior en el sentido de apreciar el despliegue de una voluntad personal que queda tensionada con circunstancias sociales, pero la diferencia de aquel, este proceso se distingue por la manifestación de un discernimiento personal que es capaz de evaluar y distinguir las diferentes oportunidades que la vida y su talento y esfuerzo personal, en una palabra, su mérito, pudieron allegarle. Pues, si bien inicia relatando que el curso de lo que se ha propuesto ha respondido en los términos que él mismo ha planteado: *“Mi vida, como la he vivido, yo la elegí”*- lo hace expresando un

cierto eco de resignación y pesimismo, al señalar que sus deseos y oportunidades de haber vivido una vida distinta, una que él mismo había imaginado, habrían sido truncadas debido a la presencia de un componente externo que vino a tensionarlo, y cuya naturaleza sería de índole social. Pero social aquí en un sentido negativo, en el entendido que significa algo que no surge propiamente de él. Por eso su significación es mucho más sencilla, ya que no se trata de estructura o determinaciones sociales que se le imponen y lo fijan al lugar del cual habla, sino simplemente de algo que no le pertenece a él como objeto de determinación sino a un otro, el cual le presenta la droga que, en definitiva, será el elemento que lo priva de todo aquello: *“Podría haber sido lo que quisiera, pero un conocido me presentó la droga”*.

En este sentido, su relato se dibuja en torno a una idea que no tiene lugar sino en el ejercicio de su imaginación, vale decir, otras vidas que pudieron haber sido pero que sin embargo no fueron posibles. Este discernimiento, en cualquier caso, se alimenta por dos vías, primero, por una especie de sentimiento de omnipotencia personal: *yo tenía y tengo el talento para hacer lo que yo quiera*. Y segundo, se construye y refuerza por lo que tiene de reputación en su grupo familiar, es decir, por ser percibido y apreciado de una cierta manera: *“en mi familia, por ejemplo, todos son universitarios, connotados, pero yo, en toda mi familia, para todos mis tíos, para todos yo era el mejor y yo sé que pude haberlo hecho”*.

Luisa: “aunque nadie me crea, lloré mucho, porque me causo mucho dolor”

Cuando una decisión personal no se ajusta a un principio moral y tiende a escapar a los valores y principios de acción que son prescritos a ciertas personas en el cumplimiento de un deber o un rol social, es de toda posibilidad que pueda imputársele un carácter inmoral, por supuesto, a la acción y a quien la practica. Pero puede ser que un mismo hecho o una misma acción no esté sujeto a la evaluación a través de un principio moral único sino que responda a muchos de ellos, claro está, en vista de la multiplicidad de los puntos de vistas que existen. De ser esa la situación cabría señalar que se trata o no de una acción conflictiva o problemática, en vista de quien la ejecuta y de quienes juzgan e instalan, por supuesto, la regla moral. Sea este el caso, cómo juzgar frente a esa multiplicidad de principios cuando no hay un modo objetivo capaz de proveer un criterio adecuado para evaluar una conducta social. Tal parece ser la inquietud que tensiona a Luisa al momento de traer al presente el recuerdo de sus hijos y el rol que ella jugó en el curso de sus vidas.

La decisión de entregar a su hija al cuidado de terceros fue una situación límite que, como ella misma relata: “aunque nadie me crea, lloré mucho, porque me causó mucho dolor”⁴. Se trataría de una decisión resuelta sobre una particular circunstancia, que al parecer ninguno es capaz de sopesar para levantar un juicio: una vida organizada en función del consumo de droga y de la cual no había escapatoria posible, ni menos una remota posibilidad de asumir la responsabilidad del cuidado de los hijos que demanda la función materna.

“Yo no podía, no podía controlar el vicio, lo que ganaba era puro vicio, no podía controlar mi vida y tampoco iba a enfrentar a mis hijos a una vida que era de vicios, (inaudible), le pasara algo a mi hija o le pasara algo a mis hijos, no me lo perdonaría, entonces tome la decisión bien fuerte, dura, y los interné”.

Sin embargo, y a pesar de resultar ser una situación dolorosa y no estar exenta de peligro debido a la incapacidad declarada por ella para controlar su estado de salud frente a los perjuicios que conlleva el consumo habituado y problemático de la drogas, así como para monitorear el cuidado de su hija, muestra en principio, en perspectiva temporal, cierta conformidad con lo obrado, pues la decisión de internar a sus hijos significa, a vista de hoy y según sus palabras: “lo mejor que pude hacer en mi vida” , y ello en la medida que su decisión tuvo como fin apartarla de las desdichas que se viven en la calle y que ella misma reconoce haber sido, si no protagonista, testigo.

“uf, yo incluso decirte que vi que una madre prostituyo a su hija de 9 años pa’ su vicio, tenía 9 años la niñita y esa a los viejos se la daba, se la vendía, yo nunca había visto eso, yo decía gracias a Dios mis hijos no están aquí, pasando todo eso, viendo todo eso”.

“yo, sin mentir, solo una vez lo hice [servicios sexuales] para conseguir el vicio, después de eso dije nunca más, prefiero robar antes de eso”.

En todo caso, el hecho siempre reviste cierta ambigüedad puesto que la cuestión de zanjar si se trató de una buena o una mala acción no termina nunca por resolverse, y todo en

⁴ “Aunque nadie me crea” dice Luisa, sin embargo, no es el entrevistador quien se muestra escéptico respecto del sentimiento que acompañó en ese entonces la situación que relata, no hay nada en la entrevista y menos en su transcripción que pueda sugerir algo así, pues, quien no cree, a priori, no es quien formula la pregunta sino la conciencia moral de la sociedad, quien ha sancionado y fijado el límite entre lo bueno y lo malo, quien se impone y a quien ella responde.

virtud de la existencia de dos tipos consideraciones, que son ciertamente externas, es decir, son dos juicios respecto de lo obrado que no le pertenecen, y que se contraponen uno del otro. Por un lado, está el juicio social, el de la gente, que evalúa negativamente la decisión de entregar el cuidado de sus hijos a terceros: “a mi mucha gente me dijo por eso que era mala madre”. Por otro lado, está el de su propia hija quien, contrariamente a la mayoría, reconoce el acto y le imprime un valor positivo: “tu pensante primero en nosotros y después en ti”. Son estos juicios contrapuestos los que no cesan de transmitir cierta ambivalencia y que constituyen la fuente que tensiona permanentemente a Luisa, quien no acaba hasta ahora por censurar ninguno, desatendiendo incluso aquel sobre quien ha recaído efectivamente esa infame solución.

“A mi mucha gente me dijo que era mala madre, pero mi hija una vez me dijo fuiste buena madre, yo la quedo mirando y le dije porque?, porque una madre que es mala deja a sus hijos ahí, en cambio usted hizo, los tomo y nos internó, eso es ser buena madre, porque una madre no se preocupa de eso, se preocupa por ella no más, y tú, tu pensante primero en nosotros y después en ti, eso es según lo que me dijo mi hija porque yo todavía me considero mala madre”

Alicia: “yo no me he acercado a ellos y ellos ni siquiera me han llamado por teléfono”

En el caso de Alicia, como Luisa, la preocupación igualmente la constituyen sus hijos, la relación con ellos, con los cuales ha establecido un vínculo caracterizado por las carencias de afecto y reconocimiento. Para ella, esto es razón, en primer lugar, o a nivel superficial, debido a la actitud de sus hijos desprovista de preocupación hacia ella “no me llaman ni para saber cómo estoy”. Pero no nos da a conocer ni deja entrever la existencia de un conflicto que no haya sido resuelto, menos un incumplimiento de su parte hacia con ellos o algún descuido en su rol de madre: “iba a los colegios, me presentaba a los fines de año, para la graduación de ellos, toda la cuestión po”. El problema lo atribuye menos a su rol de madre que a los rasgos del carácter de ellos “mis hijos son muy engreídos, son engreídos, son parados”. Sin embargo, más allá de todo eso, al momento de revisar su comportamiento, igualmente se atribuye alguna responsabilidad por el estado actual de la situación, el que se explica por un sentimiento de haber hecho mal: “me arrepiento de todas maneras”. Este error, reconoce, tiene lugar en un momento específico en que debió resolver cierta situación

presentada a propósito de la enfermedad que desahució a quien en ese entonces era el padre de sus hijos:

“Me quedan tres meses para morirme... yo no le creí po’, si él me lo dijo po’, me quedan tres meses, tengo que entregar... eh dejar todas las herencias a mis hijos me dijo, y a ti te dejo mi casa me dijo, no a mí no me la dejó le dije”.

La decisión de no quedarse con la casa la juzga equivocada pero no de una manera definitiva, sino como una posibilidad. Cree ella que, al haber aceptado esta oferta, la situación habría sido diferente, no tanto para ella entendido que era el vehículo para salir de la vida calle, si no como una oportunidad que se prestaba para reestablecer el vínculo con sus hijos: “no es que yo... mire, si yo tuviera mi casa, yo sé que ellos llegan a la casa, pero como yo no tengo casa... yo no me he acercado a ellos y ellos ni siquiera me han llamado por teléfono”.

Conclusión y discusión

La investigación aquí presentada ha permitido conocer la manera en que aparece construcción del sujeto calle. A través del análisis de tres dimensiones hemos establecido los procesos por los cuales el sujeto calle ha llegado a constituirse como tal, dando respuesta así a la pregunta que articuló esta investigación, a saber, ¿cuáles son los procesos de subjetivación que construye al sujeto calle?: Como ya vimos, en ello relevamos, en primer lugar, su biografía, vale decir, esa serie de acontecimientos que cada uno de ellos padeció o experimentó; una segunda dimensión revisada es la que se constituye en relación con el programa de intervención estatal; por último, indagamos en la dimensión reflexiva, vale decir, aquella que surge en la relación que establece cada uno de los sujetos calle consigo mismo. Estas tres dimensiones están sin embargo atravesadas por una consideración general, a saber, que todas ellas producen subjetividad, o mejor dicho, un tipo de subjetividad.

En el análisis hemos podido establecer las formas de vida que han constituido y mediante qué circuito han llegado a la situación particular de vivir la experiencia de estar en situación de calle. En ese recorrido biográfico nos hemos informado de acontecimientos que dan cuenta de ciertas regularidades en las historias, lo que ha abierto la posibilidad de acceder por esa vía a conocer y comprender los procesos sociales a los que los sujetos calle deben responder, que es diametralmente distinto a la forma objetivante con que lo constituye la tradición familiar, la estructura social y los programas de intervención, en una palabra, el poder. Cierta tipo de desafilaciones: familiar, institucional, como factores desencadenantes de la situación calle, aparece cuando es la vida historizada a partir de una situación particular. Esa historización vista como procesos nos muestra ese quiebre vital de los sujetos entrevistados que hemos constituidos como la crisis y de ella podemos concluir que se vive como un hecho particular que escapa a la lógica de estructura, salvo excepciones, es decir se siente como una derrota propia, como la incapacidad para resolver las situaciones que van ocurriendo en las vidas de los sujetos y que les resulta impensable significarla como una determinación histórica en la vida de la que forman parte. Visto así, esa forma de padecer las circunstancias es parte de una subjetividad constituida de una racionalidad marcada por la individualización de ese quiebre y la naturalización de la culpa.

Advertimos asimismo como la droga, un micro-elemento de la situación, se convierte en un producto cuyos efectos y consecuencias vacía de sentido al sujeto en situación de calle, volviéndola útil para la evasión del algún tipo de proyecto de vida. La dureza y la violencia de la calle no puede ser vivida sin evadir ese destino y cumple el rol de comodín explicativo de porque los sujetos llegan a estar en situación de calle poniendo un dique de contención en lo que el sujeto pueda hacer con su vida.

La calle es el destino fatal para una serie de acontecimientos y malas decisiones. Vivir en la calle es un aprendizaje que eterniza y naturaliza la vida de los sujetos, en la calle se ponen en práctica los elementos más primitivos de vivir en sociedad, en la cual la competencia abunda y la mirada de los integrados se mezcla entre la compasión y el terror por terminar en el límite de lo social. La calle, por eso mismo, no es un lugar para vivir, el vivir al día a día impide pensarse y visualizar un proyecto de vida debido en parte a que deben responder y hacer frente en todo momento a la satisfacción de necesidades inmediatas.

Por ello, la calle no solo es considerada el escenario donde ocurre la vida que los vuelve parte de una política pública, sino como el pozo sin fondo desde el cual se vuelve imposible salir. Sin embargo, los males que la habitan, la violencia no es un elemento inherente a la calle, más bien se muestra como una estrategia que permite vivir en un espacio público que, al no tener dueño, se encuentra en una disputa constante.

Con respecto al programa y su relación con los sujetos en situación calle los hallazgos principales de los relatos se escapan de una mirada técnica y metodológica impartidas por el programa, es decir lo significativo no está en el orden de la intervención técnica, sino más bien en las relaciones interpersonales entre el gestor y el participante. Desde ahí el afecto como movilizador es el que permite sustentar algún tipo de intervención que pueda luego constituir para mejorar la situación. Sin embargo, el afecto por el afecto, sin una intervención genera efectos sobre la vida de los sujetos que se traducen en la inmovilidad de su situación, en un constante estar-siempre-ahí. Otro elemento en juego está relacionado con las obligaciones o el significado de ser parte de un programa y la responsabilidad que eso significa, la presión de tener que cumplir se asume como algo problemático a la hora de aceptar el ingreso a una cobertura. Otro elemento importante de dar cuenta que el programa efectivamente tiene una valoración positiva, sin embargo, la complicación de esto es que quizás no se deba a la lógica interna, sino más bien por otro tipo de elementos que se valoran.

Hablar sobre su experiencia de calle y cómo valoran su vida pone en ejecución una serie de discursos, que explican esa experiencia, desde un destino fatal como un camino lógico del cual no podría pensarse otro resultado. Sin embargo, también hay otra valoración que no se puede explicar a partir de una trayectoria particular, más bien el resultado final aparece como algo que no encaja en la vida.

Otro de los elementos que es interesante plantear tiene relación con la diferencia de la valoración de los hombres versus las de las mujeres sobre su trayectoria. Mientras para ellas el enjuiciamiento de su rol de madre toma una preponderancia en su relato, desde ahí se van conjugando una serie de problemas, relacionados con su cumplimiento sobre ese rol y las miradas que posa la sociedad sobre ellas. En cambio, los hombres entrevistados analizan la ruptura de sus proyectos personales, la mirada del sujeto moderno, hombre adulto productor, ciudadano, poseedor de bienes, elementos que no han podido ser cumplidos a cabalidad producto de la situación y que ven como la derrota de su deber ser.

A modo general es posible concluir que las formas de políticas que ha construido el Estado y que tienen un efecto a partir de su intervención no da cuenta de las trayectorias particulares de los sujetos en situación calle, más bien busca posicionar un perfil que espera que se ajuste a sus directrices más que lograr reparar las vicisitudes por las cuales los sujetos ha llegado vivir la experiencia de calle. Desde esa óptica la política pública debería ajustarse a los participantes y no los participantes a la política.

Bibliografía

Acuña Montenegro, C. (1923). *El problema de la mendicidad en Chile*. Santiago:

Nascimento. Obtenido de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-8797.html>

Angelcos, N. (2008). *Subjetividad y política (tesis de grado)*. Santiago: Universidad de Chile.

Araujo, K., & Martuccelli, D. (2010). Educacao y Pesquisa. *Sao Paulo v.36 especial*, 077091.

Bassi, J. (2013). Adios a la partitura: una defensa de los diseños flexibles en investigación social. En M. Canales, *Investigación social. Lenguajes del diseño* (págs. 43-72).

Santiago: Lom.

- Bassi, J. (2015). *Formulación de proyectos de tesis en Ciencias Sociales*. Santiago: El Buen Aire.
- Bassi, J. (2015). *Formulación de proyectos de tesis en ciencias sociales. Manual de supervivencia para estudiantes de pre y post grado*. Santiago: El Buen Aire S.A.
- Bourdieu, P. (2002). Condición de clase y posición de clase. *Revista Colombiana de Sociología*, 119-141.
- Bourdieu, P. (2011). *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Canales, M. (2006). *Metodologías de la investigación social*. Santiago: Lom.
- Cappellacci, I., & Juarros, M. (2014). La metodología cualitativa según la teoría crítica en la investigación socioeducativa. En F. Osorio, *Epistemología y ciencias sociales: ensayos latinoamericanos* (págs. 303-312). Santiago: Lom.
- Cardelli, G. (2000). Con las mejores intenciones. Acerca de la relación entre el Estado pedagógico y los agentes sociales. En S. D. (Comp), *Tutelados y Asistidos: Programas sociales, políticas públicas y subjetividad* (págs. 23-67). Lanus: Paidós.
- Cárdenas, M. (1991). Grupos marginados en los inicios: de la era republicana: vagabundos, mendigos e indigentes. *Cuadernos de Historia*, 47-61.
- Castel, R. (2006). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salario*. Buenos Aires: Paidós.
- Castro- Gómez, S. (2010). *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Castro-Gómez, S. (2000). Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la invención del otro. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas* (págs. 88-98). Buenos Aires: CLACSO.
- Cottet, P. (2013). Tres versiones del diseño para investigaciones sociales. En M. Canales, *Investigación social. Lenguajes del diseño* (págs. 15-42). Santiago: LOM Ediciones.
- Deleuze, G. (1987). *Foucault*. Buenos Aires: Paidós.
- Deleuze, G. (2015). *La subjetivación. Curso sobre Foucault. Tomo III*. Buenos Aires: Cactus.
- Díaz, M. d. (2000). La Evaluación de Programas Sociales: Fundamentos y enfoques teóricos. *Revista de Investigación Educativa*, 289-317.
- Espinoza, A. A. (1999). *Ociosos, Vagabundos y Malentretenidos en Chile colonial*. Santiago: LOM.

- Fanlo, L. G. (2011). ¿Qué es un dispositivo?: Foucault, Deleuze, Agamben. *A parte Rei*, 1-8.
- Fernández, S. (2008). Circunstancias de la fundación del Hogar de Cristo. Estudio histórico en los documentos contemporáneos. *Teología y Vida*, 875-891.
- Ferrer, C. (2005). *El lenguaje libertario: antología del pensamiento Anarquista*. La Plata: Terramar.
- Flick, U. (2007). *Introducción a la investigación Cualitativa*. Madrid: Ediciones Morata.
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI. Editores.
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (10 de Julio de 1977). El juego de Michel Foucault. (G. W. Jacques-Alain Miller, Entrevistador)
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 50, N°. 3., 3-20.
- Foucault, M. (1992). *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.
- Foucault, M. (1994). *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: La piqueta.
- Foucault, M. (1999). Foucault. En M. Foucault, *Estética, Ética y Hermenéutica* (págs. 363-368). Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI. Editores.
- Foucault, M. (2003). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI. Editores Argentina S.A.
- Foucault, M. (2003b). *Historia de la sexualidad III. La inquietud de sí*. Buenos Aires: Siglo XXI. Editores.
- Foucault, M. (2007). *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI. Editores.
- Foucault, M. (2007). *Seguridad, Territorio y Población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2008). *Tecnologías del yo*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (1979). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI. Editores.
- Foucault, M. (2003). *Historia de la sexualidad II. El uso de los placeres*. Buenos Aires: Siglo XXI. Editores.
- García Ferrando, M., Ibañez, J., & Alvira, F. (1986). *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid: Alianza Editorial.

- Gergen, K. (1995). *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Gergen, K. (2006). *Construir la realidad*. Barcelona: Paidós.
- Gomez-Castro, S. (2010). *Historia de la Gubernamentalidad: Razón de Estado, Liberalismo y Neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogota: Siglo del Hombre Editores.
- Gongora, M. (1966). Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile (Siglos XVII Y XIX). *Mimeo*, 1-50.
- Ibañez , T. (2006). El giro lingüístico. En L. Iñiguez Rueda, *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales* (págs. 9-25). Barcelona: AOC.
- Ibañez, T. (2001). *Municiones para disidentes. Realidad-Verdad-Política*. Barcelona: Gedisa.
- Iñiguez Rueda, L. (1999). Investigación y evaluación cualitativa: bases teóricas y conceptuales. *Atención Primaria*. Vol 23, N° 8, 496-502.
- Iñiguez, L., & Antaki, C. (1994). El análisis del discurso en Psicología Social. *Boletín de Psicología Social*, 57-75.
- Iñiguez-Rueda, L. (2003). *La psicología social en la encrucijada postconstruccionista. Historicidad, subjetividad, performatividad, acción*. XII Encontro Nacional da ABRAPSO: Estrategias de invencao- a Psicología Social no contemporâneo.
- Jaramillo, N. B. (2012). El problema de los excluidos. Las leyes contra la vagancia en Colombia durante las décadas de 1820 a 1840. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 41-68.
- Larrañaga, O. (2010). *El Estado Bienestar en Chile: 1910-2010*. Santiago: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Lasch, C. R. (2010). Gobernar la Extrema Pobreza: Un analisis del dispositivo de intervención Chile Solidario. En V. Lemm, *Michel Foucault: Neoliberalismo y Biopolítica* (págs. 51-85). Santiago: Universidad Diego Portales.
- Lewkowicz, I. (2004). *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires: Paidós.
- Marquez, F., & Toledo, P. (2010). *Vagabundos y andantes : etnografías en Santiago, Valparaíso y Temuco*. Santiago: Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- MIDEPLAN. (2005). *Habitando la Calle. Catastro Nacional de Personas en Situación de Calle*. Santiago: Gobierno de Chile.

- Morales, T. R. (2006). *¿Omisión como Acción? La vagancia y su rol en la conformación y legitimación de la República liberal decimonónica*. Santiago: Universidad de Chile.
- Naumann, S. P. (2000). Abandona y Vagabundaje en Santiago de Chile 1930 - 1950. *Revista Historia Social y de las Mentalidades*, 197-228.
- Pérez Soto, C. (1998). *Sobre un concepto histórico de ciencia. De la epistemología actual a la dialéctica*. Santiago: Lom.
- Piper, I. (2007). Socio construccionismo y sus usos en psicología. En A. Kaulino, & A. Stecher, *Materiales para una cartografía de la psicología social contemporánea* (págs. 1-10). Santiago: Lom.
- Quintana, B. T. (2010). *De “pelusas” y “choros”: Niños en situación de vagancia y la delincuencia infantil en Santiago. 1900-1930*. Santiago: Universidad de Chile.
- Quintero, F. R. (2010). *Vagabundos, mendigos y torrantes; Configuraciones sociales del habitar la calle en el Barrio Puerto de Valparaíso*. Santiago: Universidad de Academia de Humanismo Cristiano.
- Rose, N. (2019). *La invención del sí mismo. Poder, ética y subjetivación*. Santiago: Polvora Editorial.
- Sanchez Antonio, J. (2018). ¿Muerte o descentramiento del sujeto en Michel Foucault? *Claridades. Revista de Filosofía* 10, 107-149.
- Sandoval Moya, J. (2010). Construccinismo, conocimiento y realidad: una lectura crítica desde la psicología social. *Revista Mad*. N° 23, 31-37.
- Soto, C. P. (1998). *Sobre un concepto Historico de Ciencia: De la Epistemología Actual hasta la Dialectica*. Santiago: LOM.
- Strauss, A., & Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoria fundamentada*. Medellin: Editorial Universidad Antioquia.
- Taylor, S., & Bodgan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Buenos Aires: Paídos.
- Vignale, S. (2014). Foucault, actitud crítica y subjetivación. *Cuadernos de filosofía*/61, 5-17.
- Weber, M. (2011). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.